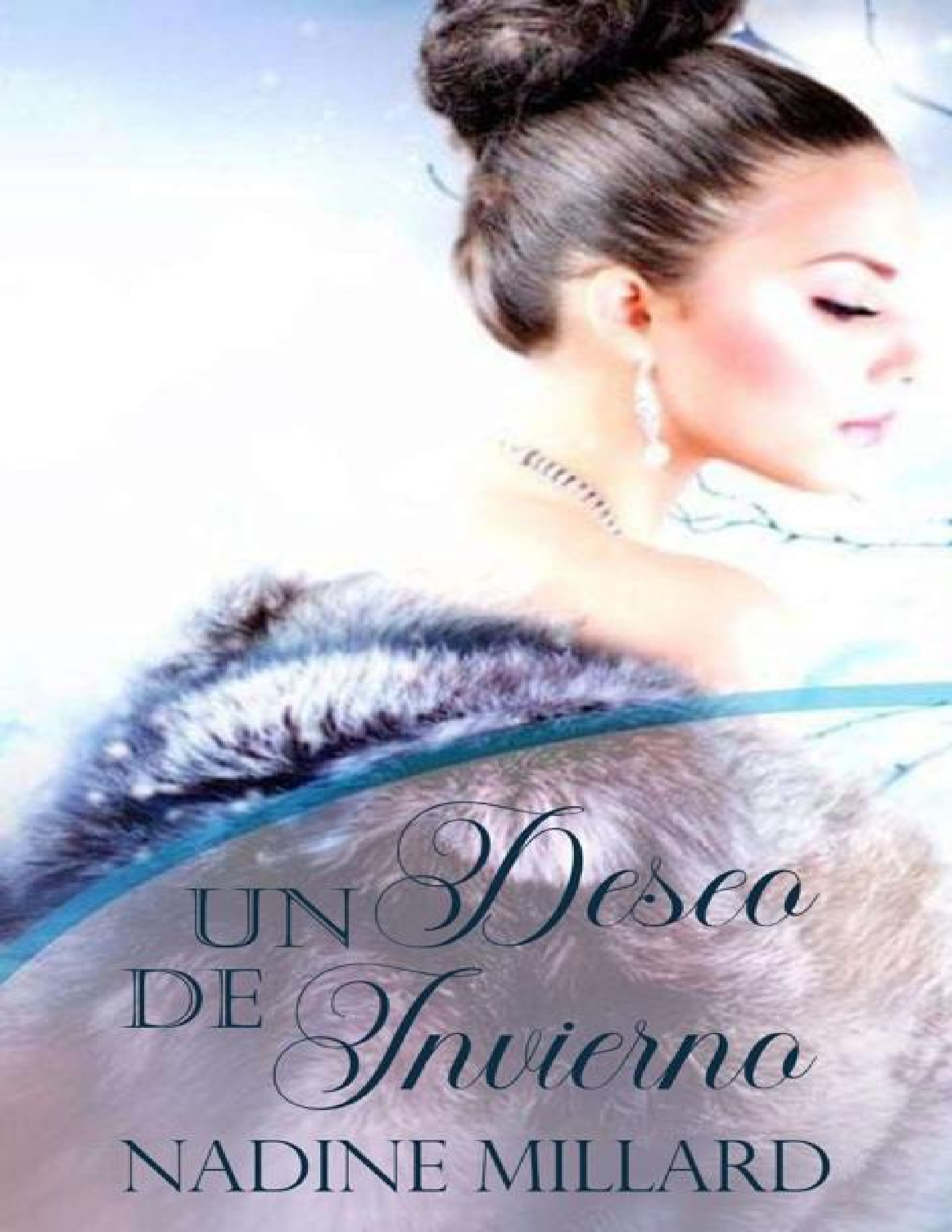

UN Deseo
DE Invierno
NADINE MILLARD

Un deseo de invierno

NADINE MILLARD

CONTENIDO

Página del título

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Epílogo

Capítulo uno

—Sí, señora Callahan, entiendo que esto le duele, pero realmente creo que quitárselo es un poco excesivo.

Mariah reprimió el impulso de golpear a la mujer mayor con su propio bolso, y decirle que dejara de ser ridícula.

El doctor Bolton, el padre de Mariah, practicó otra cirugía, como todos los días, y aunque esto no fue nada ortodoxo, permitió que Mariah lo ayudara, tal como era costumbre, durante esa mañana.

Como él era el único médico del pequeño pueblo e incluso no había otro boticario, el doctor Bolton era constantemente solicitado. Cada vez dependía más de la cabeza de su hija mayor para obtener medicinas, aunque la señora Bolton ya no tenía esperanzas de contar con las mismas.

Pero en realidad, ellos no estaban en Londres ni en una de las grandes ciudades, como York o Edimburgo. Este era un pueblo de Lancashire, donde Mariah había vivido toda su vida.

No era lo más apropiado que una jovencita trabajara en el consultorio de su padre, pero todos allí conocían a Mariah desde hacía mucho tiempo, y confiaban plenamente en ella.

Además, preferían curarse rápidamente, que quedarse esperando pociones y cataplasmas, los cuales tardarían mucho más tiempo, solo por una cuestión de decoro.

Por lo general, a Mariah le encantaba ayudar. Podía usar su talento con las hierbas, y ver a muchos de sus amigos y sus familias, al mismo tiempo.

Normalmente, esto era agradable, pero hoy fue más que doloroso.

—Pero el dolor, Mariah… —se quejó la señora Callahan.

Mariah suspiró para sus adentros y lo intentó de nuevo. Todas las semanas aparecía una nueva enfermedad, alguna dolencia dramática u otra. Sin embargo, esta era una de las más ridículas.

—Lo entiendo, señora Callahan, de verdad que lo entiendo. Las quemaduras pueden ser muy dolorosas, pero le prometo que si se aplica esta crema se curará, en cuestión de días. ¿No preferiría eso a perder un dedo? ¿Cómo podrá hornear sus deliciosas tartas y pasteles sin su dedo?

Afortunadamente, la señora Callahan pareció apaciguarse un momento con el cumplido, y Mariah pudo convencerla.

—La fiesta de Navidad será un completo desastre sin tus productos horneados, como bien sabes. Y nuestro vicario es demasiado viejo y frágil para lidiar con un desastre así, ¿no lo crees?

La señora Callahan intentó, sin éxito, reprimir su alegre sonrisa.

—Sí, supongo que tienes razón, querida. Nadie podría lidiar con la gran cantidad de pasteles, que se preparan. Y, después de todo, yo soy la única que conoce las recetas secretas. Pero… esto me duele muchísimo —confirmó para asegurarse que Mariah todavía supiera cuánto sufría.

“¡Como si yo pudiera olvidarlo!” Así pensó Mariah.

—Estoy segura que así es y puedo decirle, en nombre de todo Wymouth, que apreciamos su lucha por salvar la fiesta.

Ante esto, la señora Callahan sonrió una vez más. Recogiendo la crema y sus diversas pertenencias, se despidió valientemente y salió apresuradamente, olvidándose de agarrar la mano

de Mariah, como había estado haciendo al entrar.

Mariah suspiró aliviada y volvió a tomar su remedio para la tos. Este tenía mucha demanda, y ella quería asegurarse de tenerlo a mano.

Un viento fresco anunció la llegada de alguien más, a través de la puerta, y ella miró hacia arriba con cierta inquietud. ¡Ni siquiera la señora Callahan podría haberse lastimado en los últimos veinte segundos! Menos mal que era la esposa del vicario.

—Buenos días, señora Yates —la saludó Mariah con una sonrisa.

—Buenos días, Mariah. ¡Qué linda estás hoy!

Mariah sonrió ante el cumplido, el mismo que había escuchado de la señora Yates, desde que era una niña pequeña.

—¿Qué puedo hacer por ustedes hoy? ¿La gota le molesta nuevamente al vicario?

—No, querida... Tu elixir está obrando maravillas con él. ¡No! He venido con una petición muy extraña… Me pregunto si podríamos hablar en privado, un momento.

El interés de Mariah se despertó inmediatamente.

—Sí, por supuesto, pasa —dijo, guiando el camino hacia una pequeña sala de estar, en la parte trasera de donde ella guardaba sus suministros.

Solo unos momentos antes, Mariah había preparado una tetera de té y, todavía estaba caliente, así que se dispuso a servir un poco para ambas. Una vez que se acomodaron con sus tazas de té, Mariah miró a la señora Yates, expectante con sus ojos color avellana, brillando con curiosidad.

—Me pregunto si has oído que alguien compró Greywood Manor.

—¡Oh! ¿Cierto? Esto es maravilloso —manifestó Mariah, entusiasmada.

Greywood Manor era la propiedad del único noble que había vivido cerca del pequeño pueblo. No obstante, el viejo Sir Thomas, un barón, murió sin tener un heredero propio y, al parecer, algún sobrino lejano, primo u otra persona lo había heredado.

Los chismes del pueblo indicaban que el sobrino, o primo, era un poco jugador y que inmediatamente había tratado de vender el lugar para financiar sus hábitos. Mariah tenía quince años, cuando Sir Thomas falleció, y en los cinco años transcurridos desde entonces no hubo noticias de ningún comprador.

—¿No es así? Será muy agradable que el lugar recupere su antigua gloria.

—En efecto —dijo Mariah, apartándose un mechón castaño de la cara. Todavía no estaba segura por qué la señora Yates quería hablar con ella, pero era demasiado educada como para apresurarla.

—De todos modos, el lugar lo compró un tal señor Brandon Haverton. Proviene de una familia muy respetada de algún lugar del sur.

—¡Qué extraño que lo haya comprado, si su familia vive en el sur!

—Sí, yo también lo pensaba. Pero, al parecer, tiene muchos intereses comerciales en Lancashire y Yorkshire… Molinos y cosas así… Por eso quería quedarse en algún lugar por aquí, en vez de frecuentar posadas, mientras está aquí por negocios.

Mariah asintió, entendiendo.

—De todos modos, estoy segura que te estarás preguntando qué tiene esto que ver contigo.

—Un poco —confesó Mariah con una sonrisa.

—Cuando el heredero de Sir Thomas heredó el lugar, ya sabes que ni siquiera lo visitó. El señor Haverton ya ha contratado personal para limpiar el lugar y prepararlo para su llegada… Pero, hay muchos objetos de valor, sobre todo libros, recuerdas lo mucho que le gustaba al

anciano su biblioteca. Y me temo que las muchachas del pueblo simplemente no tienen los conocimientos necesarios para ordenar un lugar así. ¡Es una tarea demasiado monumental!

A Mariah se le aceleró el corazón. Todos los que la conocían sabían lo apasionada que ella era por los libros. Y la biblioteca Greywood era algo que había estado deseando visitar desde la infancia.

—Sé lo ocupada que estás, ayudando a tu padre, querida, así que no te sientas presionada a aceptar. Pero el abogado del señor Haverton preguntó si hay una persona adecuada para revisar la biblioteca, y tomar nota de su valor y estado general y, bueno… El señor Yates pensó que tal vez lo considerarías.

Mariah casi gritó de emoción.

—¡Oh! Señora Yates. ¡Me encantaría!

La señora mayor sonrió indulgentemente.

—Sí, ya lo pensé —dijo, metiendo la mano en su bolso y sacando una carta—. Aquí están las instrucciones del señor Smith, el abogado del señor Haverton. Al parecer, el caballero espera instalarse, a tiempo, para Navidad, así que lo ideal será que todo esté resuelto para entonces.

Mariah hizo los cálculos en su cabeza.

—Faltan cuatro semanas para Navidad. ¿Cuándo piensa llegar el señor?

—La semana anterior, si no me equivoco.

—¿Y qué es lo que quiere hacer con la biblioteca?

—No estoy segura de eso. La carta dice que quiere que se catalogue, antes de tomar cualquier decisión. Los muebles de la casa se utilizarán. Los objetos personales, como los retratos de los miembros de la familia Greywood, se guardarán en un lugar oculto.

Mariah había comenzado a leer la carta, mientras la señora Yates hablaba.

—Aquí dice que llegarán antes de Navidad. ¿El señor tiene familia?

—No, en realidad no. Es un hombre completamente independiente. No tengo idea de quién lo acompaña. ¡Qué extraño!

Mariah asintió con la cabeza, pero no le parecía que esto fuera asunto suyo. Se iría, antes que llegara la familia. Era mucho trabajo, sin duda, pero ella era más que capaz de manejarlo.

La señora Yates se levantó para despedirse, después de recibir muchas garantías que Mariah estaría allí mañana para trabajar en la biblioteca, y que su padre podría arreglárselas sin ella, durante algunas semanas.

Cuando llegó a la puerta, la señora Yates volteó hacia Mariah.

—Mariah, querida. Yo... bueno... —La mujer vaciló y Mariah se sorprendió al ver que parecía preocupada por algo.

—Sí, señora Yates. ¿Pasa algo?

—El señor Smith dejó entrever que el señor Haverton tiene un carácter de cascarrabias cuando habla… Sin duda es un caballero, aunque muy hosco, según todos los informes. No quisiera que fueras víctima de malos modales o de su mal humor.

Mariah pensó en las almas malagradecidas con las que trataba a diario para ayudar a su padre, aunque suponía que las conocía lo suficiente, como para manejarlas.

—No te preocupes, estoy segura de que he conocido a muchos caballeros hoscos a lo largo de mi vida. Además —continuó con lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora —, si soy precisa y rápida en mi trabajo, ni siquiera veré a ese hombre.

La señora Yates parecía muy contenta, cuando se despidió, y Mariah finalmente pudo sentirse libre y emocionada. ¡Qué maravilloso era poder encargarse de un proyecto así! Sin duda, el nuevo propietario despertó su curiosidad, pero Mariah estaba demasiado contenta con la

oportunidad, como para preocuparse demasiado por un extraño de mal carácter.

***

Si Mariah estaba contenta con los acontecimientos, la señora Bolton ciertamente no lo estaba.

—Por el amor al Cielo, Mariah, ¿qué te llevó a aceptar? No tienes por qué aceptar un trabajo remunerado. ¿Qué pensará la gente?

—No me importa ni un bledo lo que piense la gente, madre —respondió Mariah con firmeza.

—No, nunca lo has hecho. Pero, ¿no tendrás consideración por tu pobre hermana? ¿Por el buen nombre de esta familia? Seguro que la gente creerá que necesitamos que trabajes. ¿No lo entiendes? La gente pensará que somos... —La señora Bolton levantó una mano para agarrar su collar de perlas—. ¡Pobres! —terminó en un susurro horrorizado.

Mariah se mordió la lengua con tanta fuerza, que podía sentir el sabor de la sangre.

Su madre, incluso ahora, después de años de matrimonio con un cirujano respetable, que era encantador, pero solo un cirujano, todavía tenía delirios de grandeza. Al ser la menor de siete hijos de un baronet de poca importancia, la señora Bolton se logró convencer a sí misma, de manera bastante extraña, que era una persona de gran importancia. Todo el mundo estaba acostumbrado a ella, por supuesto. Incluso el doctor Bolton la apoyaba porque esto le resultaba menos doloroso para sus oídos y cabeza, pero constantemente su esposa le daba cabezazos a Mariah, quien ya estaba cansada de sus rabietas y, por lo general, se limitaba a no decir nada, en aras de la paz.

Sin embargo, lamentablemente, Lillianne, la hermana menor de Mariah, era una réplica casi exacta de su madre. Ahora ella se unió a esas protestas con un entusiasmo mal disimulado.

—Mamá tiene toda la razón, Mariah —dijo, sorbiendo por la nariz, y sus rizos castaños perfectamente peinados se movían con cada breve asentimiento—. ¡A la gente ya le parece extraño que ayudes en la pequeña tienda de papá!

Ella se refiriera al consultorio y a la botica como una “pequeña tienda”, lo cual era una prueba de lo poco que Lillianne vivía la realidad.

—A nadie parece importarle, cuando los ayudo.

—Sí, bueno. Los enfermos son tan indiferentes, como repugnantes. Pero ten por seguro que, una vez que se recuperan, son muy conscientes de lo poco ortodoxo que es todo esto.

—Es muy cierto —intervino la señora Bolton, para no ser menos que su hija engreída, en su absoluta estupidez—. ¿Sabes cuánto hemos tenido que gastar en vestidos nuevos y todo lo demás, solo para acallar los rumores de nuestra ruina financiera?

—Si sigues gastando tan frívolamente no será un rumor —dijo Mariah y luego se arrepintió de inmediato, ya que desató un ataque de llantos y quejidos del que incluso su perro huyó.

El padre de Mariah, que hasta ese momento había permanecido sensatamente callado, se aclaró la garganta y luego lo hizo más fuerte, antes de finalmente recurrir a un ataque de tos para lograr que las mujeres lo escucharan.

—Querida —comenzó, en un tono tranquilizador—, aprecio tus preocupaciones y son válidas. —Lanzó una mirada de advertencia, ante el resoplido poco femenino de Mariah.

—Pero pensemos en lo que pasaría, si Mariah dice que no. Todo el pueblo sabría que se negó a ayudar a los recién llegados, a los muy ricos recién llegados, debo añadir… Que hubiera puesto en una situación embarazosa al vicario, precisamente, por no haber seguido su

recomendación.

Las lágrimas se detuvieron abruptamente, aunque para empezar no eran reales.

—¡Oh! Querido, tienes razón. ¡Qué maravilloso! —Este fue un cambio rápido, incluso para su madre.

Mariah miró a Lilly, y vio que estaba igual de confundida.

—Lillianne, debes ir con tu hermana.

—¿Discúlpame?

—Debes ir con tu hermana a Greywood Manor. Si lo que escuché sobre el señor Greywood es cierto, no solo es rico sino también es soltero.

—Ah, ya veo —expresó Lillianne con una sonrisa.

—Pues yo no… —dijo Mariah.

—Mariah, querida, hace tiempo que perdí la esperanza que usaras tu belleza natural, a tu favor. Sin duda, tendrás la cabeza enterrada en libros y otras tonterías, durante todo el tiempo que estés allí. Menos mal que… —continuó en voz alta para ahogar las repentinas objeciones de Mariah—, tu hermana no solo está dotada de belleza, sino también de un sano deseo de encontrar un buen partido. Algo de lo que tú, lamentablemente, careces.

—No entiendo qué tiene esto que ver con mi trabajo en la biblioteca, madre. No puedo...

—Todo esto tiene que ver con eso. Lilly irá a ayudarte.

—¿Qué? —gritó Lilly, horrorizada, ante ese mero pensamiento.

—Tranquila, querida. No vas a trabajar, por el amor a la bondad. Pero estarás allí para hacerle compañía al caballero, mientras Mariah se rompe el cuello, intentando cargar libros por todos lados.

Mariah pensó que su madre no tenía por qué sonar tan feliz, ante la idea que ella se rompiera el cuello.

—Un plan maravilloso, mamá. Excepto por una cosa: el señor Haverton no estará en casa, mientras yo esté allí.

El ambiente cambió inmediatamente de una alegría conspiradora a una furia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su madre con los dientes apretados.

—Quiero decir que no estará allí. Tengo que preparar la biblioteca y marcharme, antes que llegue la familia.

—Bueno… Tendrás que esperar un poco más para hacerlo, eso es todo —dijo Lilly, pero Mariah podía ver que su madre, que tenía el oído muy agudo, cuando creía que estaba recibiendo chismes o información que podía usar a su favor, había escuchado “la familia”.

—¿Familia? —preguntó.

—Familia —confirmó Mariah.

—¿Tiene familia?

—Sí, sí, una enorme —mintió Mariah, alegremente—. Tiene hijos saliendo de sus orejas y sin duda su esposa es tan hermosa... eh, tan fértil…

—¡Mariah! —la reprendió su madre, pero ella se dio cuenta que no lo había hecho con el corazón. Pero, sus sueños se habían hecho añicos… El hecho que los mismos solo duraran unos dos minutos no le importaría en absoluto a su madre.

—Bueno, intenta no decepcionarte demasiado, Lil… Estoy segura que te las arreglarás muy bien con los pretendientes que ya tienes… Mariah. ¡No iras!

Ahora fue el turno de Mariah de mirar con asombro a su madre.

—¿Discúlpame?

—No irás —pronunció su madre cuidadosamente cada palabra.

—Por supuesto que voy. Acabas de oír a papá hablar del vicario y de los chismes.

—Sí, lo hice. Y él tiene razón. Pero si no hay oportunidades para ti o tu hermana, no veo el beneficio.

Mariah no podía creer lo que estaba escuchando, aunque sabía que esta era una situación delicada, que requería un manejo cuidadoso.

—La ventaja, madre, es que haré un trabajo tan bueno con la biblioteca que el señor Haverton seguro que estará contento, y me llamará para darme las gracias.

Mariah no consideró que fuera prudente informarle a su madre, que parecía que el hombre no tenía modales, así a ella la atropellara un carruaje, dada la carta del abogado.

—Entonces, no solo serás su primera conocida, en todo el pueblo, excluyendo al señor Yates y al señor Thompson, que se encargarán de sus asuntos locales, sino que...

—¿Quién es el señor Thompson? —preguntó Lilly de repente, posiblemente sintiendo carne fresca.

—El abogado que ha vivido en el pueblo desde antes que tú nacieras —dijo Mariah—. De verdad, Lilly, ¿cómo es posible que no lo conozcas?

Lilly se encogió de hombros y volvió a su cena, una vez más, ahora desinteresada en la conversación.

—Como decía, mamá… Seríamos la primera familia en conocerlo. Y por lo que dijo la señora Yates sobre su deseo de ser sociable, es muy posible que seamos la única familia en conocerlo. —Mariah esperó con gran expectación a que su madre evaluara sus palabras.

Finalmente, la señora Bolton suspiró y dijo:

—Muy bien. Supongo que no podrás echarte atrás, ahora que has aceptado.

Mariah le agradeció efusivamente y fingió creer que la decisión se basaba en una naturaleza magnánima, y no en el deseo de burlarse de la señora Callahan y las otras chismosas del pueblo.

Una vez zanjado el asunto, Mariah buscó rápidamente otro tema, por si acaso su madre volvía a cambiar de opinión. Aunque no hubo revocación de la decisión.

Mientras Mariah se preparaba para ir a la cama esa noche, ni siquiera intentó calmar las mariposas de emoción en su estómago. Por una vez, ella haría algo emocionante y aventurero. ¡Y sola! No podía esperar.

Capítulo dos

Mariah se ajustó firmemente su capa de lana sobre los hombros, encorvándose para protegerse del cortante viento de diciembre.

La calesa de su padre era muy útil para atravesar los caminos rurales, a menudo llenos de baches, que rodeaban su pueblo, pero no servía para hacer frente al clima inclemente del invierno en Lancashire.

Su madre casi había tenido un ataque de nervios, esa mañana, cuando Mariah anunció que iría sola a la mansión.

Mariah había logrado calmarla con cuidadosas explicaciones, que en ese momento, solo había sirvientes en la casa, quienes de todos modos la conocían, por lo que su reputación no estaba en peligro, mientras deslizaba algo en su taza de té, aunque Mariah no confesó sus verdaderas intenciones.

No era nada peligroso, solo lo suficiente para que se sintiera felizmente somnolienta hasta que lograra escapar.

Cuando llegó a la cima de una pequeña colina, Mariah se detuvo. Allí estaba la mansión Greywood. La casa era una magnífica estructura de piedras, traídas de Londres, si las malas lenguas estaban en lo cierto. El barón, que las había encargado, quería que destacaran junto al ladrillo amarillo local. Y así fue.

Estaba hecha de piedras grises, pero en vez de parecer aburrida, era tan grande y se encontraba tan bellamente situada, por lo que la mansión nunca podría haber parecido menos que hermosa.

Los terrenos que rodeaban la mansión no eran tan extensos, como los de las fincas de los pueblos vecinos, aunque eran vastos y verdes, con árboles de hoja perenne de una exuberante oscuridad, que se enfrentaban al fresco cielo invernal.

Incluso si no hubiera tenido la suerte de trabajar en la biblioteca, Mariah habría estado extasiada de estar allí, y se hizo la promesa de explorar cada pulgada de tierra, cuando tuviera un descanso para hacerlo. Pero en ese momento, el tiempo corría a toda velocidad. Se había levantado con las primeras luces del alba, decidida a terminar, antes que llegara el señor Haverton.

Mariah era difícil de intimidar, pero la descripción que la señora Yates hizo de su misterioso jefe le hizo sentir que preferiría no conocerlo hasta que fuera absolutamente necesario. Y, sin duda, no antes de haber hecho un excelente trabajo en la biblioteca.

Al llegar al frente de la magnífica casa, Mariah miró hacia arriba y vio a un mozo de cuadra, que venía hacia ella. Desde esa distancia no podía ver los rasgos del hombre, pero, ¡cielos! ¡Realmente parecía ser un buen ejemplo de hombría!

Su paso era fuerte y seguro. Era alto, muy alto.

Mariah no era exactamente pequeña y, de hecho, era más alta que muchos de los hombres de su edad, en el pueblo. Pero ese hombre gigante, seguramente, la superaría en altura.

¡Y sus hombros! Mariah sintió que se le secaba la boca, al ver la amplitud de sus hombros, y dejó que sus ojos recorrieran con avidez el resto de su precioso cuerpo.

Su vestimenta era oscura y anodina, aunque, admitió para sí misma, no vestía el atuendo habitual de un mozo de cuadra. De hecho, estaba muy bien vestido para ser un sirviente, pero ciertamente tampoco tenía el traje de un caballero.

Esto era curioso. Obviamente, los lacayos vestían mucho mejor en el sur que aquí. No obstante, ella no se quejaba, no cuando la ropa le permitía ver maravillosamente su amplio torso, estrechándose hasta una cintura delgada y unas piernas, que lucían deliciosamente musculosas, en sus ajustados pantalones negros.

"¡Soy una auténtica descarada! Nunca he analizado tan escandalosamente la figura de un hombre."

El calor de la vergüenza y, hay que reconocerlo, de la excitación subió hasta teñir sus mejillas. Ahora él estaba más cerca y se detuvo, mirándola fijamente. Y como ella podía ver su rostro, el aire abandonó su cuerpo, en un silbido gigantesco.

"¡Cielos! Este hombre es absolutamente hermoso."

La respiración de Mariah se entrecortó, mientras devolvía la mirada curiosa del hombre con una que era francamente lasciva. Ese cabello, que en aquel momento estaba alborotado por el frío viento invernal, uno que ahora le producía una enorme envidia, debido a lo bien combinado que él lucía, era oscuro, casi negro, aunque con bellos toques castaños. Y sus ojos… Esos eran del color exacto del chocolate caliente y oscuro. Le hacían pensar en la indulgencia, el lujo y un pecado tan terrible, que probablemente le daría un ataque de apoplejía al viejo señor Yates, si ella se lo confesara.

"¡Esto no puede ser! No necesito esta distracción."

Mariah estaba allí para hacer un trabajo y era una tarea gigantesca desde cualquier punto de vista. No necesitaba perder el tiempo con mozos de cuadra ni con pensamientos de rodar por los establos. Necesitaba mantener la distancia de los sirvientes para poder seguir con sus asuntos, y salir de allí, antes que llegara el dueño de la casa. Y dada la dirección incorrecta de sus pensamientos, probablemente debería dejar de leer novelas escandalosas, mientras estaba en eso.

Ella sacudió un poco la cabeza para aclarar sus pensamientos, que no eran precisamente puros, y esbozó su sonrisa más altiva. Ser la hija de una Bolton esnob tenía sus ventajas, después de todo.

—¡Ah! Buenos días —dijo ella, manteniendo el tono enérgico y tratando de ignorar su deseo insano de lamer su fuerte cuello. Nunca antes había deseado lamer a otro ser humano. Esto era de lo más desconcertante—. He venido a trabajar en la biblioteca. Usted puede llevarse la yegua y la calesa hasta los establos. Encontraré el camino allí, cuando termine mi jornada.

Mariah se bajó del carruaje, agarrando su bolso, en el camino. Al darse la vuelta, se aseguró de no estar lo suficientemente cerca como para olerlo porque si olía bien, su ejemplar sería testigo de algo, que ninguna yegua inocente debería ver jamás.

—Aquí tiene —expresó jovialmente, aunque todavía con cierta frialdad, no había necesidad de ser grosera después de todo. Le puso las riendas en las manos, asegurándose de no hacer contacto con su piel.

Al mirar hacia abajo, vio que sus manos eran tan grandes y fuertes, como el resto de su cuerpo. Ni siquiera parecían desgastadas por el trabajo. Se dio cuenta que las mismas estaban subutilizadas y que más personas deberían prestar atención a la belleza de este hombre. Él aún no había hablado y Mariah se preguntó, con su mirada diabólicamente oscura, si podría entenderla. Si él viniera de algún país cálido y exótico, probablemente se desmayaría en el acto.

—Entonces, usted puede correr —lo animó, y con su mano enguantada le hizo un gesto para que caminara.

Él frunció el ceño al mirar esas manos y luego las riendas.

"Mmm... Quizás él fue un poco lento para captar la idea. ¡Bendito sea!"

Mariah sonrió alentadoramente y luego, como él parecía tan confundido, extendió la

mano y le dio una palmadita en la cabeza. Más bien, él levantó la mano. Su cabeza estaba en una posición alta.

—Estoy segura que usted hará un trabajo maravilloso —dijo amablemente, dio la vuelta y subió los escalones de entrada de la casa.

Él era terriblemente guapo, pero el pobre hombre obviamente tenía dificultades para comprender las cosas. Bueno, ella nunca podría aprovecharse de una persona tan vulnerable. Mientras caminaba hacia la imponente puerta de roble, trató de no pensar en la lástima que esto le daba.

Mariah tocó la puerta y golpeó el suelo con el pie, esperando impacientemente que alguien abriera la puerta.

Una rápida mirada a su alrededor mostró que el mozo había subido al carruaje, llevándolo hasta la parte trasera de la casa. Así que, gracias al Cielo, él había entendido sus instrucciones. No le apetecía tener que buscar la yegua, cuando estuviera lista para partir.

La puerta se abrió y un hombre muy erguido con cabello blanco, como la nieve, apareció en la abertura, junto con un lacayo. El personal estaba completo, algo inusual, ya que la familia no estaba allí, pero, una vez más, Mariah no sabía cómo hacían las cosas en Londres.

—Buenos días —dijo un poco nerviosa. El hombre de pelo blanco era muy imponente—. Soy Mariah Bolton. ¿La señora Yates me ha enviado a hablar de la biblioteca? —lo expresó como una pregunta, sintiéndose de repente, como si estuviera frente a un tutor severo y hubiera calculado mal.

—Pero usted es una mujer.

La respuesta no fue la que Mariah esperaba, y sintió una ridícula necesidad de disculparse por ello.

—Eh… —respondió ella porque, en realidad, ¿qué se podía decir a eso?

—No se suponía que fuera una mujer —afirmó el hombre con voz incrédula.

Mariah frunció el ceño.

—Lo siento muchísimo —dijo ella con picardía—. Pero ya hace años que soy mujer. No creo que pueda hacer mucho para cambiarlo.

Su respuesta pareció sacar al mayordomo de su probablemente inusual confusión, e inmediatamente hizo una reverencia y dio un paso atrás.

—Le pido disculpas, señorita. Por favor, entre.

Mariah entró en el gran vestíbulo de entrada y trató de no quedar boquiabierta.

La casa definitivamente tenía un aire de abandono, pero aún así era increíblemente hermosa.

Los tapices de papel eran de un dorado opaco, y el suelo de mármol, bajo sus pies, brillaba con un blanco reluciente. Era evidente que lo habían limpiado recientemente. La escalera que dominaba el pasillo y dividía en dos el balcón, la cual estaba encima de ella, era de nogal oscuro, y también resplandecía por la reciente atención.

Mariah intentó no parecer un pez fuera del agua, en un entorno tan lujoso.

—Una vez más, debo ofrecerle mis disculpas, señorita —dijo el mayordomo—. Nos habían hecho creer que llegaría un joven para hacerse cargo de la biblioteca.

—¿Será un problema? —preguntó Mariah confundida y sintió un momento de inquietud, ante el destello de incertidumbre del mayordomo, quien ahora sonrió cortésmente.

—No, señorita. Me llamo Fernshaw. Soy el mayordomo de la casa. La llevaré directamente a la biblioteca, y haré que le traigan algo para beber. Si necesita algo, no tiene más que llamarme, y yo mismo la atenderé.

Mariah se sintió aliviada por el repentino cambio de actitud del hombre. Parecía educado y eficiente, ahora que se había recuperado de su sorpresa.

—Gracias, Fernshaw. Debo admitir que estoy deseando empezar. Los libros son una de mis grandes pasiones.

Ella siguió a Fernshaw por el gran pasillo, con puertas cerradas, a ambos lados, hasta que finalmente llegaron a la última puerta a la izquierda.

—Aquí estamos, señorita.

El mayordomo abrió la puerta y Mariah entró.

Sus ojos se abrieron y no pudo evitar el jadeo que se escapó de sus labios.

—¡Oh, cielos! —susurró ella con asombro.

La habitación era, sin duda, el lugar más hermoso en el que había estado.

Para empezar, era enorme, con techos abovedados tan altos, que apenas se podía ver la parte más alta. ¡Y los libros! Había estantes y más estantes llenos de libros maravillosos. Y aún más, estaban apilados sobre las mesas esparcidas por toda la habitación.

En la pared del fondo había un gran escritorio de roble y dos sillas mullidas, y Mariah notó con cierta satisfacción, que había muchos sofás repartidos para leer tranquilamente. Ella pensó que ya había muerto, y estaba en el Cielo.

Una voz molesta en el fondo de su cabeza intentaba hacerla sentir ansiosa por el volumen de trabajo, que implicaba tal tarea, pero ella la rechazaba sin piedad. ¡Sí! Era mucho trabajo, pero Mariah estaba emocionada por los tesoros, que seguramente descubriría aquí.

—¿Necesitará alguna ayuda, señorita? —preguntó ahora el mayordomo, sonando un poco dudoso sobre la capacidad de Mariah para completar la tarea.

Ella no lo culpó, pero tampoco mostró miedo.

—Un poco de papel y tinta, por favor, para que pueda llevar un registro de lo que encuentre. Y esos refrescos que usted mencionó —añadió ella con una sonrisa.

Fernshaw hizo una reverencia y salió, confirmando que enviaría inmediatamente una doncella con lo que Mariah necesitaba, llevándose consigo la capa, gorro y guantes desechados.

Mariah se quedó parada por un momento, sin saber muy bien por dónde empezar. La habitación estaba bastante fría, aunque la enorme chimenea, que estaba al otro extremo del escritorio, emitía un resplandor impresionante y ella estaba segura que pronto entraría en calor.

Con un gesto decisivo, Mariah se arremangó las mangas de su sencillo vestido oscuro, poniéndose a trabajar. Despejó el escritorio (sobre todo los libros) para tener un lugar donde guardar sus notas. Después se puso a buscar cualquier registro, que el dueño anterior pudiera haber conservado sobre su colección.

Mariah pronto quedó absorta por lo que examinó: página tras página de diarios, registros de gastos del hogar, pero, hasta el momento, no había ningún registro de los libros. Oyó el crujido de la puerta, al abrirse y, sin levantar la vista, llamó a la criada.

—Gracias. Si quiere, usted puede dejar la bandeja sobre el escritorio, y yo beberé, mientras trabajo, porque hay mucho que hacer. ¿Se acordó de traerme material para mis notas?

—No, no lo hice, ¡maldita sea! ¿Quién diablos es usted, y por qué cree que puede darme órdenes, en mi propia casa?

Mariah chilló, ante el miedo de oír una voz muy profunda y masculina, que le gritaba desde el otro lado de la habitación. Al levantar la vista, ella se sorprendió al ver al mozo de cuadra de esa mañana, mirándola con el ceño fruncido, con las manos apretadas en esas caderas, que tanto había admirado antes. Estaba a punto de reprenderlo por haberla asustado, cuando sus palabras le calaron hondo.

—¿Qué acaba de decir usted? ¿Su casa? —preguntó ella, al darse cuenta de lo que había hecho esta mañana.

—Sí —dijo él entre dientes. *"Tiene unos dientes preciosos,"* pensó ella, y luego se reprendió a sí misma. *"Ahora no era el momento."*—. ¡Mi casa!

Mariah recordó el encuentro de esta mañana. Ella le había dado órdenes, arrojándole las riendas y exigiéndole que cuidara de la yegua.

Ella… Oh, ¡cielos! *"Hasta le di una palmadita en la cabeza."* El calor de la mortificación tiñó sus mejillas.

—Su casa —repitió ella. Solo para estar cien por ciento segura que, cuando la echaran de espaldas, sería el señor Haverton.

—¿Quiere que lo escriba? —preguntó él, sarcásticamente.

Mariah sintió que se enfadaba. Había sido un poco maleducada sin quererlo, mientras que este señor sabía lo que estaba haciendo.

—Le pido disculpas, señor. No sabía quién era usted.

—Evidentemente —espetó—. Pero, vuelvo a preguntar: ¿quién diablos es usted?

"Bueno, no hay necesidad de este lenguaje," pensó Mariah.

—Soy Mariah Bolton —manifestó con firmeza—. La señorita que contrató para cuidar la biblioteca. —Pero como no estaba satisfecha con esto, ella continuó—, y para ser franca, no estoy acostumbrada a que me hablen de esa manera.

Ella observó con aprensión cómo la ira se encendía en los ojos y mandíbula de ese hombre. Incluso la misma, que era muy fuerte, caía en estado de shock.

—Pero usted es una mujer —expresó ahora, en un tono acusador.

"¡Qué increíble!" pensó Mariah. Nunca antes nadie le había señalado su evidente feminidad, en su vida, y ahora estaba pasando por eso, dos veces, en el espacio de una hora.

—Soy culpable, según los cargos —dijo ella, sarcásticamente.

Él entrecerró los ojos y ella tragó.

—¿Por qué usted es una mujer?

"Bueno, ¿cómo voy a responder a eso?"

—Creo que tendrá que hacerle esa pregunta a nuestro Creador, señor Haverton. Yo tuve muy poco que ver con eso.

Él pareció darse cuenta de lo ridícula que había sido su pregunta y se avergonzó por un momento, lo cual resultó muy entrañable. Y esto fue muy inconveniente, en medio de esa batalla.

—Lo que quiero decir es que nos habían hecho creer que vendría un hombre.

—Sí, ¿usted lo creía? Pero, bueno, no soy un hombre...

—Puedo verlo perfectamente —se quejó, recorriéndola con la mirada y haciéndola sentir de repente demasiado caliente.

—Si no lo aprueba, señor...

—¡Oh! Lo apruebo, ¡está bien! —dijo con voz ronca, matando las palabras en su garganta.

Ella había querido decirle que si él no aprobaba que una mujer hiciera el trabajo, se marcharía, pero él la detuvo en seco con esa declaración, por lo que lo único que salió de ella fue una especie de gemido. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo.

—Estoy segura que nadie se dio cuenta de que tendría tantos problemas para contratar a una mujer para la tarea, señor Haverton. Si lo desea, me iré de inmediato. Pero le advierto —siguió con el rostro ardiendo por la ira creciente—, que no encontrará a nadie entre este pueblo y el siguiente, que sepa más sobre libros que yo… Y, sin duda, no encontrará a nadie que pueda

asumir esta tarea tan cerca de Navidad con tanta dedicación, como yo.

Él la miró en silencio, durante lo que pareció una eternidad, antes de finalmente resoplar con frustración y decir:

—¡Muy bien! Usted continuará.

Mariah permitió que su indignación se reflejara en el arqueamiento de sus cejas.

"No digas nada," se advirtió a sí misma.

—Por favor —dijo ella, en voz baja, aunque sabía que debía mantener la boca cerrada.

—Por favor, ¿qué? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Estaba terminando la frase por usted —dijo ella, levantando un poco la barbilla—, ya que parece que ha olvidado las palabras.

Se le cayó la mandíbula de nuevo. Él farfulló y masculló incoherentemente durante un segundo o dos. Finalmente, sin decir otra palabra, giró sobre sus talones y salió de la habitación, cerrando la puerta de un portazo al salir.

"Bueno," pensó Mariah, un poco temblorosa, *"ya no tendré que preocuparme por pensamientos impuros, a mi alrededor."*

A partir de ahora, las únicas fantasías, que albergaría sobre Brandon Haverton, involucrarían la violencia y, muy probablemente: ¡un asesinato!

Capítulo tres

Mariah asomó la cabeza con cautela por la puerta de la biblioteca, comprobando que no hubiera moros en la costa, antes de entrar al pasillo.

Ella no quería tener otro encontronazo con el señor del amanecer. El día había pasado muy rápido, y ella había disfrutado cada segundo. Verlo ahora arruinaría todo.

A la hora del almuerzo, una tímida criada tocó a la puerta y le trajo una bandeja. Después ella cumplió su promesa y caminó por los jardines, aunque a la sombra de los árboles para que su empleador no apareciera.

Mariah hubiera preferido comer con el personal en la cocina, en vez de hacerlo sola, pero se dio cuenta que se encontraba en la inusual situación de no ser parte del personal ni ser una invitada. Por eso, comió sola junto al fuego, disfrutando de uno de los libros, que estaba catalogando, antes de tomar un poco de aire afuera.

El viento soplaba demasiado fuerte y Mariah caminó, a paso rápido, con la esperanza de calentarse después del ejercicio. Pero, ella no lo había hecho. Y como resultado, se fue al otro extremo de la habitación, donde el fuego aún ardía, habiendo sido considerada como una criada poco antes de salir.

Fue mientras estaba sentada allí, haciendo una lista apropiada de los garabatos ilegibles, que había hecho en su camino por la habitación, esa mañana, que la puerta se abrió y el señor Haverton entró, mirando inmediatamente hacia el escritorio, en el que ella había estado sentada, esa mañana.

Desde un tiempo atrás, Mariah se consideraba una joven madura, respetable e inminentemente sensata, en gran parte, debido al hecho que cualquiera parecería madura, respetable e inminentemente sensata en comparación con las otras mujeres de su familia.

Sin embargo, en ese momento, ella se dio cuenta que, tal como estaba previsto, ella solo era madura, respetable e inminentemente sensata, cuando no tenía que hablar con el hombre, cuya cabeza había acariciado esa mañana. Tenía una opción: avisarle de su presencia, desde un extremo de la habitación, o esconderse como una niña pequeña. Y decidió esconderse, como una niña pequeña.

Agachándose detrás del alto respaldo de la silla, antes que él girara hacia ella, se hizo un ovillo y rezó al Todopoderoso para que asumiera que se había ido a algún lado, y no viniera a buscarla. Si él bajaba y la encontrara hecha un ovillo, tendría que fingir que tenía alguna enfermedad. Después de todo, no podía dejarle saber que se estaba escondiendo de él.

Afortunadamente, al cabo de un rato, escuchó sus pasos alejándose, pero no se movió hasta que oyó la puerta cerrarse suavemente detrás de él. Dejando escapar un suspiro de alivio, decidió allí mismo trabajar aún más duro y más rápido para poder salir de este lugar, antes de lo planeado originalmente. Y así fue como se encontró moviéndose sigilosamente por el pasillo, de puntillas, como un ladrón en la noche, y dirigiéndose a los establos, antes que alguien la viera.

—Disculpe, señorita.

Mariah gritó, giró rápidamente al oír la voz y, mientras lo hacía, escuchó un rugido de miedo, como respuesta del pobre e inocente Fernshaw, que solo había estado tratando de llamar su atención.

—¡Oh, señor Fernshaw! Lo siento, pero me ha dado un susto enorme.

—Le pido disculpas, señorita. No quise asustarla.

—Está bien —le aseguró Mariah, antes de fijarse en su palidez y en el hecho que parecía llevarse una mano al corazón. Sin duda, ella lo asustó muchísimo al gritar, como si la estuvieran atacando—. Eh... ¿usted está bien? —preguntó ella. Lo último que necesitaba hoy era matar al mayordomo.

—Sí, señorita. Muy bien —dijo inmediatamente, aunque a los ojos de Mariah todavía él parecía un poco gris.

El sonido repentino de pies corriendo hizo que ambos voltearan hacia la fuente, y el estómago de Mariah cayó hasta sus zapatos, cuando el señor Haverton se detuvo frente a ellos.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasó?

—¿Qué pasó? —repitió ella, frunciendo el ceño.

—¡Sí! —ratificó él con voz entrecortada, impaciente—. Oí el grito de una mujer. ¿Suyo, presumiblemente? Y luego el de un hombre.

—Sí, esa era yo… Y después el señor Fernshaw, por cierto. Me temo que nos dimos un buen susto el uno a la otra.

—¿Fernshaw ? —El señor Haverton se quedó boquiabierto, y si ella no se equivocó, sus labios se curvaron en una especie de sonrisa—. Pero, Fernshaw, creo que nunca lo he oído hablar, en un tono que no sea más que un susurro.

—Nunca lo había necesitado, señor… Hasta ahora —respondió secamente el mayordomo.

Mariah sintió que su rostro ardía nuevamente.

—¿Quiere algo, señor Fernshaw? —preguntó ella, ignorando al señor Haverton—. Pero ya debo irme.

—Sí, hay algo. —Fue el señor Haverton, quien respondió, no el mayordomo—. Envié a Fernshaw para que le comunicara un mensaje y se reuniera conmigo en mi estudio. Si hubiera sabido que usted iba a gritarle lo suficientemente fuerte como para despertar a los muertos, nunca le habría encomendado esa tarea, a esta desafortunada alma.

Mariah jamás había deseado tanto abofetear a alguien, en su vida, ni siquiera a Lillianne.

Ella optó por adoptar una postura moralmente superior, e ignoró ese pequeño comentario sarcástico.

—¿Qué quiere, señor? —preguntó con rígida cortesía.

Como si pudiera leer su mente, el señor Haverton sonrió, luciendo una sonrisa genuina y el resultado fue asombroso.

El pulso de Mariah se aceleró y su corazón dio un salto.

Cuando el señor Haverton sonreía, pasaba de ser inquietantemente atractivo a ser increíblemente hermoso. En realidad, no había otra palabra para describirlo.

Mariah nunca hubiera descrito a un hombre como hermoso antes, pero eso era lo que él era: hermoso y poderoso, exudando un aura de autoridad, que a ella le resultaba sumamente atractiva. Sinceramente, Mariah se sintió un poco aturdida.

—Me pregunto si podría hablar con usted por un momento —dijo, ahora.

Mariah no replicó.

—¿Si eso no es demasiado inconveniente?

De nuevo, no sucedió nada… Ella no podía hablar.

—¿Señorita Bolton?

“Habla, Mariah.” Ella se reprendió a sí misma.

—Sí —por fin se acordó de respirar y pronunciar las palabras—. Bien… Sí… Bien.

“Deja de hablar, Mariah.” Se regañó de nuevo y cerró bruscamente la boca.

Él la miraba, como si ella perteneciera a un manicomio. No estaba tan equivocado.

—¿Vamos? —dijo él finalmente, señalando su estudio.

Sin decir otra palabra, pasó junto a él con la nariz en alto.

Mariah podía actuar como una completa idiota a su alrededor, pero no le permitiría ver el efecto que tenía sobre ella.

Una vez que llegaron al estudio, Mariah permaneció de pie, retorciéndose las manos, mientras el señor Haverton rodeaba su escritorio y se sentaba detrás de él.

—Por favor, siéntese —le indicó formalmente.

Mariah prefirió permanecer de pie, pero no quería parecer malhumorada.

—¿Puedo ofrecerle algo para refrescarse? —preguntó cortésmente.

—No, gracias, señor. Debo regresar a mi casa pronto —respondió Mariah, mirando nerviosa a su alrededor. Estar tan cerca de él estaba haciendo estragos en sus pobres nervios.

El estudio era oscuro y sombrío. No era nada agradable. Aunque los pesados muebles de roble y los colores burdeos eran habituales en la habitación de un caballero, persistía un aire sombrío en el lugar. A ella no le gustaba esto, en absoluto.

—¿No te agrada la decoración? —preguntó Haverton y Mariah se dio cuenta, sobresaltada, que él la había estado observando.

—No la apruebo ni la desapruebo, señor —mintió.

—Vamos, señorita Bolton, usted puede ser sincera. ¡No me ofenderé! Después de todo, el diseño no es mío.

—Pues en ese caso, ¡es realmente fea! —soltó.

Para su sorpresa, él echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas. Y más sorprendida aún, de repente, ella sintió un deseo incontrolable de treparse al escritorio y besarlo justo en la garganta, que había quedado expuesta por su risa.

"¡Qué libertina soy! Si mi madre alguna vez se entera de mis pensamientos secretos, nunca me recuperaré."

—Estoy de acuerdo —dijo él, ahora, con restos de su risa, aún en su rostro, parecía mucho más joven, cuando reía y lucía más despreocupado.

Mariah le devolvió la sonrisa tímidamente.

—Señorita Bolton, la he llamado aquí para discutir un asunto de gran importancia —lo dijo con toda seriedad.

Una vida sin estar a la altura de las expectativas de su madre puso inmediatamente a Mariah nerviosa.

—¿Qué hice? —preguntó ella.

—¿Qué?

—¿Qué hice?

—Nada… ¿Por qué?

—Porque… Por lo general, cuando la gente quiere hablar conmigo de algo de gran importancia, o bien se trata de una dolencia menor, que creen que los matará, o bien se trata de mi madre, de quien con frecuencia pienso que me matará.

Haverton la miró fijamente, una vez más, antes de sacudirse la cabeza y reírse suavemente.

—Señorita Bolton, puedo decir con seguridad que usted no se parece a nadie que haya conocido en mi vida.

Mariah no estaba segura de si eso era algo bueno o no, así que no hizo ningún comentario.

—Usted no ha hecho nada —continuó—, que yo sepa. A menos, por supuesto, que cuente el hecho que casi mata a mi mayordomo.

—No lo hice...

—La razón —siguió, levantando una mano para silenciarla—, por la que la invité a entrar fue para explicarle mi comportamiento anterior.

Mariah parpadeó sorprendida y esperó. Esto debería ser interesante.

El señor Haverton la miró fijamente por un momento, antes de levantarse y pasarse una mano por el cabello.

—Señorita Bolton, como usted sabe, no esperaba... mejor dicho, no había pensado que la persona que me recomendaron fuera una mujer.

—Sí, ya entendí —dijo secamente, porque en realidad nunca había sido capaz de permanecer callada, en situaciones de esta manera.

—Sí, bueno, me doy cuenta que mi comportamiento fue...

—¿Brusco?

—Extraño.

—¡Ah!

—¿Va a seguir interrumpiéndome?

—No, claro que no.

—Muy bien. Estoy seguro que fui un poco... bueno...

—¿Bruto? ¿Malhumorado? ¿Arrogante? —añadió ella.

—Está bien, olvídelo.

—No, no. Lo siento. No volveré a interrumpir.

La miró con sospecha durante un minuto, antes de soltar un suspiro y apoyarse en el escritorio frente a ella.

—Señorita Bolton, lamento sinceramente mi… ¿cómo decía? Mi comportamiento brutal y de mal carácter.

—Y arrogante —susurró ella, suavemente.

Sus labios se curvaron.

—Y arrogante… Debo decir que ya puedo ver cuánto trabajo ha hecho en la biblioteca y es muy impresionante. Usted es una bibliotecaria diligente.

—Gracias —dijo Mariah, sinceramente, tratando de no sonar demasiado presumida. Y luego, como realmente tenía un problema, añadió—, es sorprendente para ser una mujer, ¿no?

—Señorita Bolton, le aseguro que mi anterior... eh...

—Rudeza.

—Sí, gracias —dijo él entre dientes—. De todos modos, como decía, mi comportamiento anterior no reflejaba en absoluto mi opinión sobre la capacidad de las personas de su sexo para hacer bien su trabajo.

—¡Ah! Ya lo veo.

Él sonrió aliviado.

—Entonces, ¿solo soy yo y no las mujeres en general con quien tiene problemas? —preguntó amablemente.

Su sonrisa se desvaneció.

—¡Maldita sea! —murmuró, levantándose del escritorio y mascullando aún más palabrotas, algunas de ellas bastante ingeniosas, mientras caminaba hacia la mesa auxiliar junto a la ventana.

Mariah observó con asombro cómo él se servía una generosa cantidad de brandy y le

ofreció un trago, a ella, haciendo un gesto con la botella. Mariah negó con la cabeza. Por alguna razón, no creía que su madre aprobara que ella llegara a casa, luego de beber unas copas.

Después de beber de un solo trago, el contenido de su vaso, el señor Haverton volteó para mirarla de nuevo. Su rostro era una máscara sin emociones, pero Mariah vio el pulso en su sien. Sin duda, él estaba esforzándose mucho por mantener bajo control alguna emoción.

—Señorita Bolton —manifestó él finalmente con voz cansada—. Esperaba que la casa estuviera llena de sirvientes silenciosos y de un joven discreto y estudioso. No tengo tiempo ni ganas de alojar a nadie más bajo mi techo. Usted no es un hombre ni una persona discreta.

—No, no lo soy. Aunque creo que es justo señalar que fue usted quien me buscó para hablar hoy, señor, y no al revés. Además, me hicieron creer que usted y su esposa no llegarían hasta Navidad ni por esta fecha, y que mi trabajo debía estar terminado antes, si era posible. No es culpa mía, si usted cambió de planes y llegó antes.

"Bueno, probablemente eso es todo. Indudablemente, ahora me informará que ya no necesita mis servicios, pero en realidad, eso no será malo."

La verdad era que, si ella no estaba enfadada o insultada por él, jadeaba como un perro, ante su abrumador atractivo. Ninguna de esas dos situaciones era buena, sobre todo teniendo en cuenta que él tenía una familia.

—¿Mi esposa? —preguntó él, confundido.

—Bueno, sí. Quiero decir, supuse que cuando la señora Yates mencionó a su familia...

—No estoy casado, señorita Bolton. Si lo estuviera, su presencia no sería un problema.

Mariah se sobresaltó, ante sus palabras.

"¿Qué quiere decir con eso?"

—No sé qué… —empezó ella, antes que él levantara una mano para detenerla.

—Mi vida es... complicada en este momento, señorita Bolton. Por lo tanto, las complicaciones futuras no son bienvenidas. No tengo dudas que usted tiene las habilidades necesarias para asumir esta tarea, pero es una complicación muy grande.

—Pero, ¿cómo? —preguntó ella, saltando de su asiento, indignada—. ¿Y por qué? ¿Qué he hecho, excepto confundirlo con un mozo de cuadra y, bueno, sí, casi mato a su mayordomo, pero él me asustó primero?

—No me ha entendido —aclaró él, en voz baja—. Aunque usted es una de las mujeres más extrañas, que he conocido, inusualmente franca y, bueno, ruidosa —dijo con una mueca de dolor, lo que le valió una mirada de desaprobación—. No importaría si fuera tan silenciosa como un ratón de iglesia. ¡Usted es una complicación!

—¿Por qué? —preguntó ella de nuevo, lanzándole una mirada exasperada.

El señor Haverton dejó su vaso vacío sobre la mesa, con más fuerza de la que, en su opinión, era necesaria, y luego volteó hacia Mariah.

Él la miró y ella le devolvió la mirada.

"¡No me arrepiento de esto! No volveré a casa para decirle a mi madre, que he fracasado, disgustando al nuevo hombre, que llegó al pueblo. Prefiero no dejar de escucharlo."

Finalmente, él suspiró y se pasó una mano por el pelo, una vez más. Las manos de Mariah ansiaban hacer lo mismo, pero las apretó sin piedad hasta formar puños. No quería hacer esto y no podía permitirse sentir alivio por el hecho que él no estuviera casado, como lo había supuesto.

—Porque sí… —dijo, después de un tiempo, acercándose a ella.

El corazón de Mariah empezó a galopar.

—¡Usted es la mujer más hermosa y deslumbrante que he visto! Y no puedo

concentrarme en lo que tengo que hacer, cuando mis esfuerzos se centran en… ¡No violarla de inmediato!

Capítulo cuatro

Nunca en su vida, a Mariah la habían acusado de quedarse sin palabras, pero no se le ocurría ni una sola palabra que decir, ante esto. Su respiración se volvió violenta, y una aguda sacudida de deseo la atravesó con tal fuerza que casi se tambaleó. Los consejos de virtud y decoro de su madre gritaban en su cabeza, advirtiéndole sobre los hombres libertinos y poco confiables, y acerca de la importancia de vivir una existencia pura y libre de defectos.

No obstante, en ese momento, ella tuvo un deseo casi físico de arrojarse a sus brazos y ser totalmente inapropiada. No es que ella supiera qué implicaba eso, pero supuso que disfrutaría descubriéndolo. Pero, por supuesto, no podía hacer tal cosa, por mucho que esto la atrajera o le gustara.

—No me mire así. —El señor Haverton atravesó su neblina de anhelo.

—¿Cómo qué? —susurró ella, todavía sin aliento y con muchas ganas de hacer lo que no es bueno ni decoroso.

—Como si la idea de ser violada no la horrorizara —dijo él sin rodeos.

"Mariah." Una voz, que todavía se parecía mucho a la de su madre, la regañó, "*no abras la boca de esa manera tan brutal y directa tuya. No digas lo que estás pensando."*

—¡No es así! —espetó ella.

Mariah pensó que su conciencia hacía un trabajo terrible, al impedirle hacer cosas estúpidas. Ella vio cómo esos ojos se agrandaban, ante sus palabras, observando cómo esas profundidades de color marrón chocolate se oscurecían hasta que parecían negros como el pecado.

—Usted no debería decir esas cosas —murmuró él con voz ronca.

—Lo sé —susurró ella.

—Usted ni siquiera me conoce —continuó él.

—Lo sé —aclaró ella. Era evidente que había perdido la capacidad de hablar, como un ser humano inteligente.

—Le convendría mantenerse alejada de mí, señorita Bolton —dijo, aunque, al contrario de sus palabras, él se acercó aún más.

Mariah nunca se había dado cuenta de lo difícil que era inhalar y luego exhalar. Hasta ahora…

—Sin duda —respondió ella, sonando más segura de lo que sentía. Realmente, estaba aterrorizada. No por él, sino por los sentimientos que la embargaban, mientras hablaban.

—Y sin embargo, aquí está usted —concluyó él.

Mariah tragó saliva, sintiendo que estaba en el precipicio de algo mucho más grande de lo que podía manejar. ¡Esto era una locura! Una absoluta... Ni siquiera conocía al hombre, pero su cuerpo clamaba por él de una manera sobre la que había leído, pero que nunca había experimentado.

Debería marcharse, dar media vuelta y volver a casa. Debería decirle que ya no podía seguir trabajando bajo su techo. Tal vez, dándole una bofetada, por si acaso. Más aún, lo que ella absolutamente y categóricamente no debía hacer era alentarlo.

—Sí —lo animó de todos modos—. Estoy aquí.

Parecía que el tiempo se detuvo. Mariah no habría podido moverse ni aunque el propio Príncipe Regente se lo hubiera exigido. Ella esperaba con anticipación y sin aliento… Y no

quedó decepcionada…

Con una maldición murmurada, el señor Haverton la atrajo bruscamente hacia él, agarrándola por la cintura con una mano fuerte, y enterrándole la otra en su cabello.

Mariah jadeó al sentir su cuerpo fuerte y sólido, presionado tan cerca del suyo. En algún lugar, en lo más profundo de su mente, ella sabía que esto no debería estar sucediendo. Pero entonces esos labios aplastaron los de ella y todo pensamiento racional fue silenciado. Mariah nunca había sentido un placer tan grande, como el que estaba sintiendo ahora.

Esos labios eran duros y exigentes, alimentando aún más su necesidad. Ella jadeó, en estado de shock, ante las sensaciones que la quemaban, y él aprovechó la oportunidad para profundizar los besos. Las rodillas de Mariah casi se doblaron, al sentir esa lengua contra la suya, y estaba muy segura que era solo su fuerte brazo sosteniéndola, lo que evitaba que ella se derritiera en el suelo.

Una curiosa mezcla de satisfacción y una necesidad visceral de más la invadía. El fuego que se había encendido, en su vientre, se extendía por todo su cuerpo, de modo que incluso los dedos de sus pies hormigueaban con la embriagadora sensación. A pesar de su inexperiencia, no sabía si esta era la forma habitual de hacer las cosas, pero sabía en algún nivel que no debía ser así.

Si cada beso se sintiera así, Mariah jamás se detendría. En ese momento, ella sentía que nunca lo haría. Sintiéndose envalentonada por su deseo, Mariah reflejó tentativamente sus acciones, y el resultado fue tan inmediato como intenso.

Haverton gruñó y la apretó aún más. Mariah apenas podía respirar, pero, eso no le importaba. ¿Cómo podía hacerlo, si él la hacía sentir más viva de lo que jamás se había sentido en su vida?

Él apartó sus labios de los de ella, pero antes que Mariah tuviera la oportunidad de sentir la pérdida, él se movió para arrastrarlos, a lo largo de su sensible cuello, provocándole aún más sensaciones agradables.

Mariah gimió, mientras su cabeza se inclinaba hacia atrás, casi por voluntad propia, dándole mayor acceso a su piel, empujándola aún más cerca de su pecho. Esas manos, que habían permanecido en su lugar, comenzaron a moverse y agarraron sus caderas, inclinándola hacia la evidencia de su necesidad.

Mariah se regocijó al comprobar el efecto que había tenido sobre él. Se sintió poderosa y seductora, más mujer de lo que se había sentido nunca en su vida. No tenía idea de lo que le estaba pasando, pero, fuera lo que fuese, no era suficiente. ¡Quería más y más! Desesperadamente...

—Por favor —susurró ella, entrecortadamente, aunque no sabía qué estaba pidiendo.

Su súplica tuvo en Brandon, el efecto exactamente opuesto al que ella deseaba. Él se detuvo de inmediato, quedándose inmóvil y, con una maldición audible, se apartó. El movimiento fue tan rápido que Mariah se tambaleó, y él extendió los brazos para enderezarla. Pero tan pronto como ella se estabilizó, él apartó las manos. Mariah sintió profundamente esa pérdida.

—¡Ay, cielos! —murmuró, respirando con tanta dificultad como ella.

Mariah no pudo hacer nada más que mirarlo, todavía atrapada en los sentimientos oníricos, que él había creado. Ella no sabía lo que estaba pensando, pero la mirada vidriosa, en sus ojos, la llevó a creer que él estaba tan sorprendido, como ella, por lo que había sucedido, y que lo había disfrutado tanto como su persona.

—¿Qué diablos estaba haciendo? —dijo él con un tono gutural y una expresión de

autorecriminación en su rostro.

Mariah bajó la mirada y miró al suelo. Su vergüenza la hizo sentir terrible. Sin duda, él no había querido que sus besos llegaran tan lejos. No había querido que se besaran en absoluto, ella podría asegurarlo.

Él debía pensar que ella era una absoluta libertina. Tal vez, incluso suponía que ella otorgaba favores a la ligera. Aunque Mariah no lo culparía, no después de su propio comportamiento. Para su horror, ella sintió que unas lágrimas calientes le picaban los ojos, y le dio la espalda para poder secarlas.

—¡Oh, diablos! Te he hecho llorar. —Él sonaba miserable por ello, lo que la hizo sentirse un poco más apaciguada—. Señorita Bolton, por favor no llores. No tienes por qué tenerme miedo... Lo siento, lo siento de verdad. Nunca debí haberte tocado, como lo hice, y la culpa es mía y solo mía.

—No tengo miedo. ¡No es por eso que lloro, idiota! —espetó, tan envuelta en su enojo, que ni siquiera le importó insultarlo.

—¿Te hice daño? —preguntó él, horrorizado.

—No —dijo ella con una mueca.

—Entonces, ¿qué…?

—Debes pensar que soy una ramera descarada, y no lo soy —soltó, sintiendo que se le llenaban aún más los ojos de lágrimas, y sin poder detenerlas. Pero el sonido de esa risa ahogada la hizo girarse rápidamente para mirarlo fijamente—. ¿Qué es tan gracioso?

—Estás llorando, no porque me haya aprovechado de ti, no porque alguien nos haya podido ver, no porque haya sido más contundente de lo que debía, sino porque te preocupa lo que pienso de ti, ¿es así?

Ella asintió miserablemente.

—Increíble —murmuró, antes de volver a la mesa auxiliar y servir más brandy. Esta vez, trajo dos copas. Al regresar, le dio una a ella.

—Toma —expresó con voz fuerte y ronca—. Bebe esto.

—No lo quiero.

—Es para el shock.

—No estoy en shock —argumentó ella.

—Entonces eres la única… —dijo, antes de tragarse todo el contenido de su vaso.

La miró fijamente con severidad hasta que ella finalmente se rindió y tomó un sorbo, tentativamente. El líquido ámbar le quemó la garganta y la calentó instantáneamente, pero el sabor era horrible.

Ella hizo una mueca y se lo devolvió. Con una sonrisa irónica, él lo tomó y lo movió junto con el suyo, de regreso a la mesa.

—No es de tu gusto, ¿eh?

—Es repugnante.

—Uno se acostumbra.

—Solo si quieres —replicó ella.

Él se rió suavemente y luego preguntó, en voz baja:

—¿Estás bien?

Mariah comenzaba a sentirse completamente avergonzada por su comportamiento, y ante esa pregunta, sus mejillas se incendiaron. Ella asintió, pero evitó su mirada, desviando su vista al suelo.

—Lo siento —dijo él, ahuecando su barbilla e inclinándola para que ella no tuviera más

opción que mirarlo a los ojos oscuros.

—No es necesario que estés… —expresó ella, lamiéndose los labios—. ¡Cierto!

Mariah no podía, ante su conciencia, permitirle que él sintiera, que ella no había participado voluntariamente en esos besos. En todo caso, estaba convencida que esto habría sido mucho más que simples besos, si él no se hubiera detenido. Se dijo a sí misma, que no debía sentirse tan emocionada, ante ese pensamiento.

—No sé qué me pasó —manifestó él con un tono desconcertado—. Quiero decir, cualquiera con ojos puede ver lo increíblemente atractiva que eres. Pero esto... —Sacudió la cabeza—. Esto fue... diferente.

"¡Ay! ¿Eso significa que no lo hice bien?"

Ese pensamiento era incluso más embarazoso que cualquier otra cosa, que ella había sentido hasta ese momento.

Y en su vergüenza, encontró la fuerza para enojarse. Enojarse era bueno, ya que la obligaba a no volver a llorar.

—Sí, bueno, disculpa si no estoy a tu altura, pero al contrario de lo que debes pensar de mí ahora, no estoy acostumbrada a besar a caballeros, que acabo de conocer. De hecho —continuó, tratando de inyectarle algo de altivez a su tono—, no estoy acostumbrada a besar a nadie.

—Señorita Bolton, puedo asegurarte que no creo que seas otra cosa que una inocente.

Sus palabras, en vez de calmarla, solo la enfurecieron más.

—Oh, ¿así que beso tan mal que eso es prueba de mi inocencia?

—¿Qué? No, no es eso lo que quise decir. Simplemente...

—Sé exactamente lo que querías decirme. Posiblemente, en Londres hagan las cosas de otra manera, señor. Pero aquí en el norte, no solemos insultarnos, ante la menor oportunidad que tengamos.

Mariah giró sobre sus talones, y prácticamente salió corriendo de la habitación. Nunca había estado tan avergonzada y enojada… Jamás había estado tan convencida que su vida acababa de cambiar para siempre.

Capítulo cinco

—Mariah, ¿te encuentras mal? —La pregunta corta y aguda de su madre se escuchó desde la puerta.

—No te oí tocar a la puerta, mamá —dijo Mariah, sarcásticamente. Ese día, ella no estaba de humor para lidiar con su madre.

—Eso es porque no lo hice —confirmó su madre sin disculparse, mirándola con ojos, que normalmente no se perdían nada—. ¿Por qué sigues en la cama? Te perdiste el desayuno, y estoy segura que deberías haber estado en la mansión mucho antes.

Mariah suspiró y se sentó. Al parecer, su plan de esconderse, en su dormitorio, por el resto de su vida, ya había sido frustrado. Incluso antes que ella hubiera envejecido un día completo.

—No dormí bien anoche —explicó.

Esta fue una gran subestimación. La verdad era que no había dormido nada la noche anterior y que solo se quedó dormida, cuando el gallo de la granja vecina hizo notar su presencia.

—Bueno, esa no es razón para quedarse, en la cama, todo el día. El señor Haverton estará esperándote.

Al mencionar el nombre de Brandon Haverton, Mariah sintió que una extraña mezcla de nerviosismo, lujuria y vergüenza se extendía por todo su cuerpo. Él era el hombre más atractivo y desconcertante, que jamás había conocido. Pensar en sus cualidades no afectó en absoluto sus hábitos de sueño.

—Mamá, he estado pensando y quizás ayer tenías razón. Me parece injusto que dejen a papá solo para que lo haga todo y, bueno, es inaudito que una mujer joven acepte un trabajo como este. Además...

—¡Tonterías! Mariah. Tu padre es más que capaz de ocuparse de los pacientes, solo, como lo ha estado haciendo desde hace mucho, antes que tú llegaras. Y en cuanto a mis objeciones, aunque mantengo mis preocupaciones, no tiene sentido preocuparse por ellas, ahora que ya has consentido en hacerlo. Ahora... —Se acercó apresuradamente y le quitó las mantas de la cabeza a Mariah—. ¡Levántate y vete! No te servirá de nada que sus sirvientes le digan que no hiciste un buen trabajo.

La noche anterior, cuando Mariah regresó, se había olvidado deliberadamente de mencionar que el señor Haverton se encontraba en la mansión. Si lo hubiera hecho, indudablemente, la habrían enviado a casa con Lillianne, detrás de ella, especialmente, si le hubiera dicho a su madre, que el señor Haverton no tiene pareja y es endiabladamente guapo.

Se preguntó por un momento, si debía contarle a su madre sobre los besos, solo para observar y ver si su cabeza realmente explotaría. Pero luego, razonó que, en términos generales, probablemente era una imposibilidad científica que una cabeza humana explotara de ira, y lo único que le quedaría sería una vida de sermones piadosos y, muy posiblemente, una exigencia de casarse con ese hombre.

Y por mucho que la idea de casarse la atrajera porque significaba que podría hacer todo tipo de cosas con él, había muchas razones por las que no quería eso.

Por un lado, no lo conocía. Y por otro, él es un bruto arrogante. Y aunque se había obsesionado demasiado con sus labios, como para pensar demasiado en la conversación de ayer, durante toda la noche de insomnio, ella había pensado en todo lo que él le dijo con todos sus

detalles.

Brandon manifestó que su vida era complicada. La señora Yates contó que tenía dependientes, que venían a vivir con él. ¡Esto no sonaba bien! Era interesante, pero no podía ser bueno.

Tal vez, debería decirle a su madre que el señor Haverton estaba allí. Sin duda, ella insistiría en que dejara de viajar, sin acompañante, a la casa de ese caballero soltero de inmediato, y entonces, todos sus problemas se resolverían.

No obstante, por muy tentadora que fuera la idea, Mariah sabía que no lo haría. Sobre todo porque su madre la regañaría por haber pasado el día allí, ayer. Y también estaba el problema de la desesperación de Lilliane y su madre por casarla con un hombre rico. Además, ahora el señor Haverton la conocía, así que no podía evitarlo para siempre. Pero al menos por hoy, sin duda, podría hacerlo. Al menos hasta que ella descubriera cómo comportarse con normalidad, a su alrededor, y no se arrojara sobre él, en el momento, en que lo viera.

Probablemente, debería disculparse por su rabieta de ayer por la noche, cuando lo vio. Y eso era algo para lo que no se sentía preparada.

Pensándolo bien, Mariah supuso que él no había tenido intención de ofenderla, cuando le dijo que era evidente que era inocente. Indudablemente, él solo estaba intentando tranquilizarla y decirle que no creía que fuera la mujer más desvergonzada, que hubiera conocido en su vida.

Pero disculparse significaba tener que enfrentarlo, y eso era algo que tendría que esperar, debido a su insoportable mortificación.

Su madre había salido de la habitación, llamando a Martha para que viniera a ayudarla, mientras se iba.

"Entonces, me levantaré," pensó Mariah con picardía, antes de suspirar derrotada.

¡Está bien! Ella se levantaría y se vestiría, pero hoy no vería a Brandon Haverton bajo ninguna circunstancia.

***

—Señorita Bolton. —El corazón de Mariah casi dio un vuelco, al oír una voz masculina, que ahora le resultaba familiar.

Al levantar la vista del libro, que estaba leyendo, sintió que el aliento abandonaba su cuerpo, ante la mera visión de él, parado allí. Brandon se veía tan elegante con sus pantalones ajustados, su abrigo azul oscuro, que no ocultaba en nada la amplitud de sus hombros y sus brillantes arpilleras.

Mariah estaba convencida que quedarse en casa significaba que no tendría que enfrentarse a su melancólico, irritante y guapísimo jefe. Pero el destino, al parecer, tenía un sentido del humor enfermizo.

—¿Cómo me encontraste? —espetó ella.

—¿Estabas escondida?

—No, claro que no. Pero…

—Primero fui al consultorio y boticario de tu padre. Un lugar muy inusual, debo decir… Nunca había visto las dos profesiones combinadas.

—Sí, bueno, mi tío fue el boticario original, pero se mudó a Edimburgo con su esposa, así que mi padre se hizo cargo.

—¿Tu padre o tú?

Mariah se sobresaltó ante la pregunta.

Como era de Londres, seguramente, el señor Haverton desaprobaría enérgicamente su

profesión. Y ni siquiera era una profesión. No le pagaban por ello, aunque deberían hacerlo, ya que la mayor parte del trabajo en la botica lo hacía ella.

Pero, aún así, desde el punto de vista de la respetabilidad y de no permitir que su madre cayera en un ataque de desesperación y duelo, esto no era una profesión. Más bien, era un pasatiempo.

—Yo ayudo —reconoció con cautela—. Me interesa la medicina, las hierbas y la curación, y mi padre es muy amable, como para consentirme.

—¡Ah! Ya entiendo —dijo, y luego añadió con un brillo travieso en los ojos—. Solo preguntaba por el mar de enfermos y débiles, que demandan tu presencia en este momento.

—¿Qué? ¿Quién?

—Creo que acabo de conocer de forma ruidosa, a una señora Callahan, un señor Davies y una señorita Thornsworth.

—¡Oh, maldición! —dijo Mariah con emoción, mientras saltaba de su silla, sin importarle el hecho de haber usado ese lenguaje frente a él—. Entonces, vendrán aquí.

—¿Lo harán? —preguntó él, arqueando las cejas.

—Sí, lo harán. Siempre lo hacen en las raras ocasiones, en que no estoy presente.

—Pero ni siquiera deberías estar aquí, ¿no? Deberías estar en la mansión, haciendo tu trabajo.

De repente, él sonó como el hombre orgulloso y arrogante, que ella había conocido el día anterior, y Mariah se puso inmediatamente en guardia. Los recuerdos de esos besos y su posterior huida inundaron su mente, y sus mejillas ardieron en respuesta.

—Sí, bueno. Pensé que tal vez ya no me necesitarías —murmuró.

—¿Terminaste de ordenar la biblioteca?

—Por supuesto que no.

—Entonces, sí te necesito.

Mariah se dijo a sí misma, que no debía sentir nada en reacción a sus palabras. Lo decía en términos de terminar la tarea, nada más.

—No creo que sea una buena idea, señor Haverton.

Él suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—¿Y si prometo mantenerme alejado de ti?

"¡No!" gritó su mente.

—Eso no será necesario —murmuró ella, tratando de no rogarle que hiciera exactamente lo contrario.

—Me temo que así será —respondió él con una sonrisa irónica, en sus labios.

—¿Por qué? —susurró ella, sintiendo de repente un cambio en el ambiente.

Se acercó un paso más y Mariah sintió un tirón visceral de deseo en el abdomen. Y en otras partes, siendo sincera consigo misma.

—Porque ayer te escapaste por mis atenciones. No quiero que huyas, pero no puedo garantizar que pueda mantener mis manos alejadas de ti. Así que me mantendré alejado.

¡Cielos! Esa fue una gran respuesta. Y aunque sus palabras le hicieron estragos en el corazón, no pudo resistirse a discutir el punto.

—Me escapé porque me insultaste —afirmó ella.

—No lo hice.

—Yo tampoco lo hice —replicó ella, como si fuera una niña.

—¡No lo hice! —gritó él, sonando infinitamente más infantil que ella.

—¡Dijiste que no podía besar bien! —gritó ella.

—¡Maldita sea! Eres la mujer más irritante que he conocido —espetó con cierta rudeza, según el modo de pensar de Mariah—. No he dicho que no supieras besar como es debido. Si no supieras besar como es debido, no estaría aquí, queriendo nada más que besarte otra vez.

Sus palabras lograron acabar con toda la conversación, e incluso con la capacidad de Mariah de formar un pensamiento coherente. Excepto uno. El pensamiento que si no volvía a sentir sus labios pegados a los suyos, seguramente, moriría de puro deseo.

Se miraron fijamente el uno a la otra. Esos ojos casi negros se clavaron en los de ella. ¡Esto era una locura! Apenas conocía al hombre y le gustaba aún más. Mientras que su cuerpo la traicionaba en su anhelo por él, quien se acercó más, y Mariah tuvo que hacer todo lo posible para no lanzarse encima de Brandon.

—Esto es una locura —dijo él, en voz baja, haciéndose eco de sus pensamientos.

—Lo sé —convino ella, sorprendida de poder hablar.

—Y sin embargo…

Él extendió la mano y le acarició la mejilla con los nudillos. Mariah se estremeció, en respuesta a estos gestos atrevidos. Ella estaba sorprendida por lo mucho que su más simple toque la afectaba.

—Señorita Bolton, yo...

Lo que fuera que él estaba a punto de decir fue interrumpido por un fuerte golpe en la puerta.

Mariah se sobresaltó y se alejó rápidamente de él.

—Ese será el ejército de los afligidos, ¿no? —preguntó él con su buen humor, y Mariah quedó impresionada y un poco insultada, al mismo tiempo, porque él sonaba perfectamente normal, mientras ella ardía en llamas.

—Debe ser —confirmó Mariah con voz apagada, sabiendo que le esperaba una mañana de enfermedades imaginarias y quejas persistentes.

—Sabes —dijo Haverton con una sonrisa en los labios—. Si volvieras a la mansión, no tendrías que lidiar con ninguno de ellos. Podrías sumergirte en los libros, que tanto te gustan, y no tratar con una sola persona en todo el día, si así lo deseas.

Mariah no podía negar que esto sonaba tentador. Especialmente porque estaría muy cerca de Brandon Haverton, lo cual era ridículo, pero cierto. El sonido fuerte y nasal de la voz de la señora Callahan los alcanzó en la sala, y Mariah tomó una decisión instantánea.

—Está bien, iré —dijo, en un susurro feroz—. Pero tendremos que escabullirnos por la puerta de atrás.

—No puedes hablar en serio —replicó el señor Haverton, incrédulo. Aunque sus palabras sonaban apagadas, le seguía hablando, cuando ella lo dejó atrás.

Corrieron por el pasillo y se dirigieron hacia la parte trasera de la casa. Era ridículo correr por la propia casa, como un ladrón, pero no había otra opción.

O bien los capturaría la señora Callahan, en cuyo caso Mariah se quedaría atrapada, escuchando sus enfermedades imaginarias todo el día, o bien Lilly o su madre los descubrirían, en cuyo caso el señor Haverton quedaría acorralado, tratando de evitar la trampa del párroco toda la tarde.

Llegaron al invernadero y se deslizaron hacia el jardín, que había más allá. Mariah le sonrió a su cómplice, encantada con su éxito.

—Mi caballo está en los establos —dijo el señor Haverton, ofreciéndole una sonrisa en respuesta, que rápidamente le quitó el aliento nuevamente.

—No te preocupes —expresó ella, casi mareada por el alivio y por estar en su compañía

—. Ahora podemos escabullirnos hasta los establos. Tendré que recoger la calesa de todos modos.

—Tu casa es más grande de lo que esperaba —dijo el señor Haverton, mientras caminaban hacia los establos de la parte trasera, prestando mucha atención a quienes pudieran interrumpirlos.

—¿Lo es?

—En efecto. Cuando vi el tamaño del consultorio de tu padre, supuse que la familia también vivía en el edificio.

—Ah, bueno, mi tío vivía allí hasta que se mudó. Aunque mi padre es el propietario del edificio. En cualquier caso, mi madre nunca aceptaría vivir en una tienda. Es una esnob terrible —dijo Mariah, poniendo los ojos en blanco—. Sería indigno para ella vivir allí. Así que vivimos aquí.

—Eres refrescantemente honesta, señorita Bolton. —Esa fue su respuesta.

—Me alegro que lo apruebes. A la mayoría de la gente le parece chocante.

—Cuando dices "la mayoría de la gente", ¿te refieres a tu madre? —adivinó él con una sonrisa.

—Y mi hermana.

—¿Tienes una hermana? ¿Ella también se dedica al pasatiempo de las consultas?

Por ese tono, Mariah adivinó que él sabía exactamente lo que ella hacía en la cirugía, y que no era una debutante malcriada, cuyo padre complacía sus tontos caprichos.

—¡Señor, no! —exclamó, ahora—. Lillianne se desmayaría, si tuviera que ensuciarse las manos.

Ante esto, el señor Haverton soltó una carcajada, que le provocó un extraño malestar, en las entrañas, a Mariah.

—¿Ella no es como tú?

Se le escapó una risa burlona.

—Ella es frívola, coqueta, educada y hermosa —dijo Mariah, cuando llegaron a los establos—. Así que no, no se parece en nada a mí.

El señor Haverton la miró, frunciendo el ceño.

—Si ella es bella, es como tú —replicó, en voz baja.

Mariah lo ignoró porque realmente, él no debería decir esas cosas, y ella no tenía ninguna esperanza de resistirse, si continuaba haciéndolo.

—Ya estamos aquí —manifestó ella, guiándolo hacia donde estaba Jimmy, el mozo de cuadra, quien cuidaba el caballo de Brandon.

—Es un hermoso animal el que tiene aquí, señor —dijo Jimmy, al acercarse el señor Haverton.

Mariah no escuchó su respuesta, mientras preparaban el caballo y el carruaje, pero pudo verlo sonriéndole al joven Jimmy, y le estuvo agradecida por ello.

Jimmy había llegado, solo y hambriento, algunos años antes, después que su padre se marchara y su madre falleciera. La señora Yates lo había llevado al doctor Bolton para que le tratara una pierna rota, aunque no quiso decir cómo se le había roto, y una vez que se recuperó, el buen doctor le ofreció un techo sobre su cabeza y trabajo en los establos. Había resultado ser una buena decisión para todos los implicados, ya que Jimmy era un muchacho agradable y muy trabajador.

—Señorita, déjeme hacer eso —dijo de repente, detrás de ella.

Mariah dio un paso atrás obedientemente y observó, mientras Brandon enganchaba el

arnés a Bonnie, su dócil yegua.

—Señorita Bolton, seguramente te congelarás sin capa ni gorro. —La voz del señor Haverton sonó detrás de ella, sobresaltándola y excitándola a la vez.

Podía sentir el calor de ese aliento en su cuello, y sabía que si retrocedía un poco, su cuerpo entraría en contacto con el de él. La tentación era casi abrumadora, pero el hombre tenía razón y la distraía.

Él tenía razón.

No había forma que pudiera viajar solo con su vestido. Por más cálido que fuera, no le serviría para protegerse del viento invernal. Y el fichú que llevaba en el escote no podía sustituir a una capa pesada.

Mariah frunció el ceño, consternada.

—Tienes razón —admitió—. Vuelve ahora y yo iré directamente.

—No me importa esperar.

—Bueno, te aviso que esperarás —soltó ella, y luego se sonrojó al ver su ceja levantada.

Eso había sonado imperdonablemente grosero y él no había sido maleducado, en absoluto hoy. Se preguntó si había algo malo con él, en realidad, ya que su comportamiento era tan diferente al del día anterior.

—No me ha salido bien —dijo ella, esperando recibir una sonrisa encantadora—. Es que, bueno, mi madre, en realidad, no sabe que estás aquí, y si se enterara, sería, eh, difícil para mí.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, francamente, porque ella intentaría casarte conmigo o con mi hermana, antes que terminara de presentarte… Me prohibiría absolutamente trabajar en la mansión, si supiera que estás allí... Y... —Sintió un rubor familiar en sus mejillas—. Puede que yo haya insinuado que tenías una familia. Una familia numerosa.

Sus cejas se alzaron de nuevo.

—¿Qué tan grande?

—Es posible que haya mencionado a niños saliendo de tus oídos —lo reconoció sin entusiasmo.

—Ah.

—Mucho…

—Bueno, entonces supongo que te veré en la mansión.

—¿No estás enojado?

—A menudo, pero no contigo ni por esto —respondió él, enigmáticamente.

No obstante, Mariah no perdió el tiempo, preguntándose qué quería él decir con esto. Observó cómo se alejaba por la carretera. Después, ella dio la vuelta y volvió a entrar sigilosamente, en la casa, para recuperar su capa. Tanto que haría por no volverlo a ver…

Capítulo seis

Mariah levantó la vista de los libros, que cubrían la mesa, frente a ella, y se puso de pie para estirar sus miembros acalambrados, mientras sus ojos se dirigían hacia la gran ventana. Se sobresaltó por lo que vio… Durante las largas horas, que había pasado escondida en la acogedora biblioteca, inmersa en su trabajo y manteniéndose caliente, junto al fuego danzante, el clima había empeorado drásticamente, pasando de seco y nublado a azotar con una fuerte nevada. Incluso Mariah se estaba arrepintiendo de no haberse ido antes, cuando Fernshaw se lo había sugerido.

Pero acababa de descubrir una maravillosa colección de lo que sospechaba que eran *Enciclopedias de primera edición*, y estaba impaciente por catalogarlas para poder informar al señor Haverton sobre el tesoro que había comprado.

"No tiene absolutamente nada que ver con el simple hecho de querer volver a verlo," se dijo a sí misma con firmeza. Pero no se lo creía ni por un poco.

—Señorita Bolton —sonó la voz del mayordomo desde la puerta.

—Pase, Fernshaw. Me temo que tenía razón antes. ¿Podría tener preparada la calesa de inmediato? No me atrevo a esperar más para regresar al pueblo.

—Señorita Bolton, no estoy seguro que deba viajar en esas condiciones. A menos que yo esté muy equivocado, se avecina una tormenta de nieve.

—Una razón más para marcharme ahora —replicó ella, inyectando a su tono mucha más confianza de la que sentía.

Lo cierto era que la idea de viajar sola con ese tiempo, incluso por caminos que conocía como la palma de su mano, la asustaba muchísimo. Sin embargo, ¿qué otra opción tenía?

—Muy bien, señorita Bolton —expresó Fernshaw, aunque no parecía muy contento con ello.

Mariah echó una última mirada preocupada por la ventana, e inmediatamente se puso la capa y el gorro.

Había sido una completa tonta, al estar tan absorta en su trabajo, que apenas prestó atención a las velas, que se encendían en la habitación y al fuego que una criada silenciosa, como un ratón, avivaba hasta que ardía. Los sirvientes eran demasiado buenos en su trabajo, ¡ese era el problema! Si la criada hubiera caminado con pasos firmes, eso podría haberla sacado de su concentración total en los libros.

Mariah se dirigió al vestíbulo principal, y abrió la puerta para mirar hacia afuera.

¡Fue peor de lo que temía! Una ráfaga helada rugía, a través del pasillo, tan pronto como ella abrió la puerta, y era tan fuerte, que le arrancó la pesada madera de las manos. Apenas podía ver nada en la nevada, que caía frente a ella. El suelo ya estaba cubierto por una espesa capa de nieve, y caía con más fuerza a cada minuto. Mariah tragó saliva asustada, y se hizo a un lado para permitir que un lacayo cerrara la puerta.

—Señorita Bolton.

El sonido de la voz del señor Haverton hizo que ella girara la cabeza para mirarlo, y una expresión de preocupación le tensó la frente.

—¿A dónde vas? —preguntó él, severamente

—Pensé que era mejor irme ahora, señor Haverton, antes que la tormenta empeorara.

Él la miró incrédulo, antes de negar con la cabeza.

—Dime que no hablas en serio. No puedes viajar con eso…

—¿Qué otra opción tengo? Debo regresar a casa. Ya le pedí a Fernshaw que preparara el…

Ella se detuvo porque el señor Haverton comenzó a sacudir la cabeza.

—Lo alcancé, cuando se dirigía a los establos. Le dije lo mismo que te digo a ti: no hay manera que salgas de esta casa con este clima.

—Pero, pero… yo… n-no puedes … —balbuceó Mariah para detenerse, mirándolo con asombro, tratando desesperadamente de no distraerse de su ira por la pura fuerza de su magnetismo, y ante la atracción inexplicable y poderosa, que sentía hacia él cada vez que estaba cerca.

Haverton la miró con el ceño fruncido, por un momento, antes que su expresión se aclarara y sonriera agradablemente.

—Un argumento elocuente, señorita Bolton, pero mi decisión sigue siendo la misma.

Mariah puso los ojos en blanco, ante su sarcasmo. Esto no podía pasar. No podía quedarse allí toda la noche. Simplemente no podía.

—Señor Haverton, seguro que lo entiendes. No puedo quedarme en esta casa sola con un hombre. ¡Estaré arruinada!

—Preferiría que estuvieras arruinada, a que murieras, señorita Bolton. Además, tú misma dijiste que tu madre ni siquiera sabe que estoy aquí.

—Hoy no lo sabía, pero dijiste que habías estado en la ciudad, buscándome. Y en ese caso, ella ya lo sabe, y sin duda está esperando mi regreso para poder sacarme información, y luego asesinarme.

Una repentina carcajada se apoderó del señor Haverton.

—Señor, ¡esto no tiene ninguna gracia! No tienes ni idea de cómo es ella.

—¡No! Ni tampoco quiero tenerla, por lo que parece. Pero no puedo permitirte viajar con este clima, señorita Bolton. No puedo permitir que nadie viaje con esa temperatura, esto quedaría en mi en conciencia. Y, especialmente, no puedo permitírtelo a ti…

—¿Por qué especialmente a mí? —preguntó ella con vehemencia. ¿La estaba acusando de ser menos capaz que otras personas?

Él sacudió la cabeza, sonriendo de manera divertida. Pero cuando dio un paso adelante, su sonrisa desapareció de su rostro y de repente sus ojos brillaron con un fuego profano.

—Porque, al contrario de las primeras impresiones, no soy un monstruo, y me preocupo por la seguridad general de las personas que conozco. Y estoy empezando a preocuparme mucho por ti.

—Ni siquiera me conoces —argumentó ella casi sin aliento.

Mariah pensó que si podía convencerlo que fuera sensato respecto a lo que fuera que estaba pasando entre ellos, entonces al menos uno de ellos lo sería. Porque ella, desde luego, no lo sería.

Sus labios temblaron, mientras él le respondía:

—Te conozco lo suficiente para saber que eres una fuente constante de irritación, desconcierto y frustración.

Mariah frunció el ceño. ¡Esto no era romántico! No era que ella quisiera que él fuera romántico, por supuesto. Pero, aún así...

—Bueno, lo siento —replicó ella sin convicción ni saber muy bien qué decir, ante la lista de sus defectos.

—Debes estar preguntándote por qué me importa en este caso, ¿eh? —insistió él con una

sonrisa maliciosa.

Mariah se sentía decididamente molesta y su ego estaba muy herido.

—No me importa saber por qué te importa —respondió ella con irritación, confundiéndose con la enrevesada declaración, y aparentemente divirtiéndolo mucho.

De repente, él la tomó del brazo con suavidad y la arrastró hacia una pequeña sala, que estaba al lado del vestíbulo, cerrando escandalosamente la puerta por completo detrás de él.

—¿Sabes? Pensé que estas semanas previas a la Navidad serían tranquilas y sin incidentes. No podría haber estado más equivocado.

Mariah suspiró y trató de calmar su creciente temperamento.

—En serio, señor Haverton, si mi presencia le resulta tan irritante y desconcertante...

—Y frustrante —añadió él, amablemente.

—Y si es frustrante —repitió ella, mirándolo fijamente—. Entonces, me pregunto por qué insistes en que me quede… Me aprecias cuando me quedo callada, pero una vez más siento que debo señalar, que fuiste tú, quien me buscó, no al revés.

—Señorita Bolton, no me malinterpretes. Tu presencia es todo eso, pero eso no quiere decir que no te quiera aquí. Es irritante porque no me deja enfurruñarme como me gustaría. Es desconcertante porque, bueno, tú eres así…

Esto le valió otra mirada de desaprobación, pero él la ignoró.

—Y te frustras porque, ya sea que esté aquí a tu lado o al otro lado de la casa, o incluso al otro lado del pueblo, no puedo dejar de pensar en hacer esto.

Ella sabía que iba a suceder, y lo deseaba más de lo que quería su próximo aliento.

Tan pronto como esos fuertes brazos la envolvieron, ella se perdió.

Su beso fue tan poderoso como el de ayer. Quizás incluso más.

Dos días. Ella lo conocía desde hacía solo dos días, y él la había besado otras tantas veces. Ahora, ella era una libertina desvergonzada. Aunque no le importó esto ni por un ápice.

El ruido de esos pasos, que se acercaban más a ella, atravesó la neblina del cerebro de Mariah, pero esto no le impidió rodearle el cuello con los brazos y pasar los dedos por su sedoso cabello, como había anhelado hacer cada vez que lo veía. No obstante, aparentemente, él se sintió mucho menos afectado por el beso, o bien fue infinitamente más sensato que ella, ya que con delicadeza le quitó los dedos de su cuerpo y la apartó de él.

Mariah sintió la pérdida de contacto y se movió instintivamente hacia él, pero Brandon se tambaleó hacia atrás, lanzando una maldición, mientras ella avanzaba:

—¡Cielos! Mujer, tú eres tan tentadora como el pecado mismo.

Mariah sonrió ante su cumplido, y dio otro paso hacia él, pero Brandon retrocedió.

—¡Quédate dónde estás! —gritó él, casi haciéndola saltar del susto.

"¿Por qué me grita? Seguro que no está enfadado. Después de todo, él me ha besado."

—Lo siento, es solo que… si te acercas a mí, no podré parar… y si alguien viene.

Mariah volvió a sonreír. Todo el anhelo que sentía por él aumentó con sus palabras.

—Por el amor a la bondad, Mariah, no me mires así —susurró y ella parpadeó sorprendida. Él había usado su nombre de pila y oírlo en sus labios le provocó un extraño malestar, en el estómago.

—¿Cómo qué?

—Como si quisieras mis manos sobre ti tanto como yo —dijo él sin rodeos.

¡Ay! El hombre iba a hacer que su corazón estallara.

Antes que pudiera siquiera intentar responderle, la puerta se abrió y apareció Fernshaw.

—Señor —dijo con el rostro totalmente inexpresivo—. La habitación ha sido preparada.

—Gracias, Fernshaw. —El señor Haverton sonaba notablemente tranquilo, considerando lo que acababa de suceder.

Sin decir otra palabra, el viejo mayordomo hizo una reverencia y se fue, dejando la puerta abierta detrás de él, algo que era muy revelador.

El señor Haverton sonrió con picardía.

—Parece que tienes un protector en Fernshaw, querida.

—¿Sí?

—Dejando la puerta abierta —explicó, señalando con la cabeza hacia ella—. Sin duda para asegurarse que yo no te ataque, justo aquí, donde estás parada.

—Debería ocuparse de sus propios asuntos —se quejó Mariah sin pensarlo, deseando más que nada volver a sentir esas manos sobre ella.

La risa estridente de Brandon arrancó una sonrisa triste de los labios de Mariah.

—Mi ama de llaves, la señora Jones, no llegará hasta finales de la semana que viene, así que, en su ausencia, haré que una de las criadas te acompañe a tu habitación. Me ofrecería a hacerlo yo mismo, pero no creo que sea muy seguro —lo dijo directamente, provocando en ella un escalofrío de excitación, completamente inapropiado—. Además, creo que necesito un tiempo a solas para, eh… recuperarme de nuestras actividades.

Mariah no tenía idea sobre lo que él quería decirle, pero la mención de las “actividades” fue suficiente para calentarle la sangre nuevamente.

—¿Me acompañas a cenar? —preguntó él con total cortesía.

—Bueno, realmente, tengo que hacerlo, ¿no? —respondió ella de nuevo de una manera irreflexiva.

—Eres una aduladora.

Ella lo ignoró.

—Mi madre estará muy preocupada —sostuvo Mariah, secretamente emocionada, ante la idea de quedarse allí con él, pero sin querer demostrarlo.

—En cuanto sea seguro le avisaré —dijo con suavidad—. Nadie esperaría que viajes, en este tiempo.

—No conoces a mi madre —murmuró Mariah.

En ese momento, llegó la criada para acompañar a Mariah a la habitación de invitados.

—Hasta la cena —dijo Haverton, llevándose la mano de ella a la boca para depositarle un beso suave.

De repente, Mariah se vio invadida por una oleada de tiernas emociones, que no tenían por qué manifestarse, después de dos días de conocerse. Ella asintió y prácticamente salió volando del lugar, lo que provocó que la criada aumentara drásticamente su ritmo. Cuanto antes Mariah estuviera sola, entonces, ella podría respirar adecuadamente.

Obviamente, el dormitorio, a donde llevaron a Mariah, fue limpiado exhaustivamente, pero también era notorio que el mismo no fue decorado, en muchos años. Aunque un fuego crepitante aportaba un calor, que la daba la bienvenida, los papeles que colgaban estaban descoloridos e incluso desgastados en algunos lugares y tenían un aire de abandono.

—Lo siento, señora —afirmó Dora, la criada que la acompañaba—. No esperábamos a ningún invitado, todavía.

Mariah le sonrió a Dora y arqueó una ceja.

—¿Señora? —repitió—. Dora Hall, la conozco a usted desde que era un bebé. ¿Qué es toda esta tontería de “señora”?

Dora sonrió y suspiró aliviada.

—Solo intento hacer bien mi trabajo, señorita Bolton.

—Está haciendo un excelente trabajo. ¡Solo no me llame señora!

Dora se rió y luego se puso seria, mientras miraba a Mariah con preocupación grabada en su rostro.

—Su madre se va a enojar mucho, señorita Bolton, cuando descubra que usted está aquí sola con el señor Haverton.

Mariah hizo una mueca.

—Lo sé, pero, ¿qué puedo hacer? Sé que mamá esperaría que me arriesgara a sufrir congelación y una muerte segura para volver a casa, pero ella es la única persona fuera de Bedlam que lo haría.

Dora se rió, aunque con vacilación. Todo el pueblo sabía que no debía reírse de la señorita Bolton.

—¿Quiere que me quede con usted, aquí esta noche? Como testigo, por así decirlo.

—¿Una testigo? ¡Ay! Dora, ese hombre no va a colarse en mi dormitorio. —*"¡Qué lástima!"* lo pensó—. Estaré bien.

—Bueno, ¿usted está segura?

—Lo estoy… Estoy completamente segura.

—Muy bien, Mariah —dijo Dora alegremente y Mariah se alegró que ella dejó de lado la rígida formalidad de "señorita Bolton".

—El señor Haverton ha ordenado que le traigan un baño y un vestido limpio para la cena —continuó Dora.

—Bueno, eso es muy amable de su parte, pero, ¿dónde diablos voy a conseguir un vestido nuevo?

—¡Oh! Los baúles de la señora llegaron con el señor Haverton, o al menos algunos de ellos llegaron. Dijo que a ella no le importaría que usted use uno.

El corazón de Mariah dio un vuelco, ante las palabras de Dora, y sintió como si su estómago se hundiera hasta sus pies.

"¿La señora?" Su mente daba vueltas, mientras pensaba en las ramificaciones de las palabras de Dora. Pero ella le había preguntado… Y él había dicho que no estaba casado… Mariah pensó con repugnancia, en la carta que había leído, aquel día que la señora Yates la había visitado, pidiéndole que se ocupara de la biblioteca… La señora Yates había dejado muy claro que él no tenía pareja, y él mismo lo había dicho. Sin embargo, la carta mencionaba a "ellos" y no a "él".

—Oh, ¡cielos! —exclamó Mariah sin saber que había hablado en voz alta.

"Él mintió sobre no estar casado. ¡El muy canalla! ¿Qué está tramando? ¿Qué clase de juego enfermizo está jugando conmigo?"

—Mariah, ¿usted está bien? Parece como si hubiera visto un fantasma.

La voz de Dora sonaba muy lejana, pero Mariah respiró profundamente, e hizo todo lo posible por actuar con normalidad.

—Sí, creo que solo estoy cansada.

—Por supuesto —dijo Dora con voz ronca—. Hoy ha trabajado muy duro en esa biblioteca. Un buen baño caliente y una siesta, antes de la cena, deberían ayudarla.

Las criadas de abajo llegaron con una tina de cobre y comenzaron a llenarla con ollas de agua. Mariah permitió que Dora y las sirvientas se apresuraran a preparar su baño sin decir una palabra.

Dora salió de la habitación para regresar en minutos, sosteniendo, en alto, el vestido más

elegante que Mariah jamás había visto, resaltando que el color se vería impresionante en Mariah, y preguntando si debía plancharlo para la cena.

Mariah asintió, sintiéndose entumecida, y sin siquiera ver realmente el vestido.

"¿Quién puede poseer vestidos tan finos, si no es la señora de la casa?"

El baño sirvió para reanimar un poco a Mariah y, para su sorpresa, cayó en un sueño agitado, durante una o dos horas, levantándose rápidamente, cuando Dora vino a ayudarla a vestirse.

El primer pensamiento de Mariah fue alegar dolor de cabeza y negarse a bajar a cenar. Pero cuando su sorpresa inicial disminuyó, una ira furiosa la reemplazó. ¡Ella no había hecho nada malo!

"¿Por qué debo esconderme, mientras ese cerdo anda besando mujeres que no son sus esposas, y arrastrando a jovencitas inocentes por su libertinaje?"

—¿Le gustaría que la peinara, Mariah? —preguntó Dora con entusiasmo.

Mariah miró a Dora con una determinación férrea, que la hizo ponerse tiesa como una tabla.

—Sí, hazlo —expresó con determinación—. Y quiero que me hagas lucir lo mejor posible.

Capítulo siete

Mariah llegó abajo, justo cuando el reloj marcaba la hora. Estaba muy nerviosa, pero se sintió aliviada, al notar que su mano estaba firme, mientras esperaba que el lacayo abriera la puerta del salón. Dora la había preparado y acicalado hasta el último detalle, ya que ella tenía ambiciones de ser doncella y disfrutaba mucho probando sus habilidades con Mariah.

Así que, como se veía, Mariah parecía lista para ser presentada, ante el tribunal, cuando llegó abajo.

El vestido, al que no le había prestado atención antes, era una confección de gasa y seda color ámbar. Era, con diferencia, la prenda más lujosa que Mariah había llevado, y tuvo que concentrarse mucho para no pensar en Brandon Haverton, mientras la seda fresca se deslizaba por sus curvas.

El escote era más bajo que cualquier otro que hubiera llevado hasta entonces, y estaba bordeado por una hilera de pequeñas perlas, que brillaban a la luz de las velas. El corpiño de satén estaba cubierto con una gasa de un color ligeramente más brillante, y se abría en la línea imperio del vestido, cayendo abierto hasta el fondo.

Dora había logrado encontrar zapatillas de seda color marfil y guantes que combinaran, e incluso un abanico de marfil decorado con flores de color ámbar, antes de llevar a Mariah hacia el espejo para que se inspeccionara.

El color del vestido resaltaba las motas doradas en los ojos de Mariah y sus rizos rojizos, salpicados de perlas, que Dora había encontrado en alguna parte, los cuales estaban apilados libremente en la coronilla de su cabeza con algunos rizos, enmarcando su rostro y cayendo sobre sus hombros.

Mariah se había quedado atónita, ante la transformación de una bella, pero bastante sencilla intelectual, a una elegante dama de la alta sociedad. Y, a juzgar por las exclamaciones de Dora, ella también estaba impresionada.

Mariah respiró profundamente para tranquilizarse y entró en el salón. Sus ojos buscaban al hombre, que horas atrás la había hecho sentir la mujer más feliz del mundo, y que ahora la hacía sentir deseosa de asesinarlo.

Él estaba de pie, junto a la chimenea, y por un momento, la ira de Mariah quedó congelada por la mirada de desolación en ese rostro. Se quedó con un brazo sobre la repisa de la chimenea, mirando fijamente el fuego, como si el mismo contuviera las respuestas a todos los secretos del mundo.

Parecía tenso, enojado y, bueno… triste. Tan afligido que Mariah, quien momentos antes había estado planeando su muerte, ahora quería correr hacia él y consolarlo. ¡Esto era una locura!

Cuando ella se acercó más, una tabla del suelo, en el salón, crujió bajo su pie y él giró, ante ese ruido. Sus miradas se cruzaron, y Mariah sintió que el ahora familiar escalofrío de la consciencia recorría su cuerpo.

“¡Ay! ¿Cómo puedo seguir sintiendo esa atracción hacia él, cuando me ha mentido? Ocultándole que, obviamente, ha estado casado con otra, durante todo este tiempo.”

Ella se sintió completamente avergonzada de sí misma y su ira hacia él regresó con creces.

Esos ojos la recorrieron lentamente desde los dedos de los pies hasta la coronilla y Mariah trató de ignorar el rubor, que sentía en cada parte de ella, mientras aquellos ojos la

tocaban. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, esos ojos oscuros se encontraron con los de ella nuevamente.

—¡Tú eres muy impresionante! —destacó con una voz ronca.

"Es un cerdo," se dijo Mariah, a sí misma, desesperada, *"no escuches sus falsos cumplidos. Probablemente, le ha dicho esto a cientos de mujeres."*

Ese pensamiento solo fue suficiente para romper el hechizo del deseo, bajo el cual estaba cayendo, y logró levantar una ceja altiva.

—¿Cierto? —preguntó ella con voz destilada de desdén—. ¿Tan impresionante como tu esposa?

Esos ojos se abrieron de par en par, sorprendido, sin duda tanto por las palabras como por el tono venenoso de la voz. Dio un paso hacia ella.

—¿Qué?

—Me escuchaste.

—Sí, lo hice. Pero pensé que debí haber escuchado mal, ya te dije que no tengo esposa.

Él se acercaba cada vez más con cada frase, y Mariah tuvo que hacer un esfuerzo para no alejarse de él.

—Sí, claro. Me lo has dicho. Es curioso que este… —Ella señaló con enfado el vestido que llevaba—. Un vestido tan bonito, pertenezca a la señora de la casa, cuya llegada está prevista para dentro de un par de semanas. ¿De verdad creías que no iba a saber nada de tu esposa, cuando me enviaste uno de sus vestidos para que lo usara?

Mariah podía oír que estaba gritando de una manera muy poco femenina, pero en ese momento, esto no le importó, ni siquiera si sonaba como una pescadera.

—Acaso, ¿te escondería a una esposa y te enviaría un vestido que fuera suyo? —gritó él tan fuerte con ella.

Él se detuvo y la miró con enojo, desde el otro lado del salón, con los puños apretados a los costados.

Esa pregunta le quitó un poco el aliento a Mariah. Le pareció bastante extraño que mintiera sobre una esposa para seducirla, y luego le prestara un vestido, que pertenecía a la dama. Pero, ella pensó que no sabía nada de hombres libertinos. Tal vez, esto formara parte del juego enfermizo, que a él le gustaba y fascinaba.

—No lo sé —respondió ella con sinceridad—. Quizás eso sea parte de lo que te atrae. Quizás te guste ver a jovencitas desprevenidas, luciendo los vestidos de tu esposa. Quizás hayas pensado en hacerme el amor, mientras yo lo llevaba puesto.

Mariah nunca había hablado de esas cosas con tanta valentía, pero no tenía tiempo para sentirse avergonzada. No cuando estaba tan furiosa con él. Sus propios puños estaban cerrados por la fuerza de su emoción, pero se abrazó a sí misma, aferrándose a su furia, envolviéndose con ella para no sentir el dolor, que intentaba demostrar.

—Tienes mucha imaginación, Mariah.

—¡Y tú, qué descarado eres! —gritó.

—¡Maldita sea! ¡No estoy casado! —Su grito hizo temblar el suelo tan fuerte que Mariah tuvo que evitar taparse los oídos—. ¡Eres una maldita molestia! No me has dado más que problemas, desde el momento en que llegaste a esta casa. ¡No estoy casado! Nunca me he casado y, si… Todas las mujeres son como tú, no tengo intención de casarme, ¡nunca! —lo dijo todo, gritando.

Mariah se sintió muy herida por la última parte.

—Esto fue muy grosero. —Ella lo reprendió, observando cómo esa mandíbula se abría

tanto, y sorprendiéndose que no cayera al suelo.

—¿Hablas en serio? —preguntó él, como un incrédulo.

—Sí, es así —respondió ella con firmeza—. En realidad no hay necesidad de ser tan insultante.

Mariah había sido testigo de muchas aflicciones, durante el tiempo que estuvo ayudando a su padre, pero nunca había visto a alguien ponerse tan rojo, en tan poco tiempo, como el rostro del señor Haverton, en ese momento.

—De todas las chicas ridículas, exasperantes y enloquecedoras, que he conocido, tú... yo, tú... ¡argh!

Mariah observó con fascinación y perplejidad cómo el hombre grande, que estaba frente a ella, que seguramente debía medir más de seis pies de altura, lanzaba lo que solo podría describirse como una rabieta total justo frente a ella.

Él levantó las manos en el aire, incluso dio una patada en el suelo, en un momento dado, y murmuró palabras mayoritariamente incoherentes hacia el techo. Mariah se preguntó, por un instante, si debía darle una bofetada para que se recuperara, pero luego pensó que eso probablemente empeoraría la situación. Así que esperó con calma, con las manos entrelazadas, hasta que él terminara.

Después de un momento o dos de comportamiento francamente ridículo, el señor Haverton se dirigió al aparador, que contenía una selección de bebidas, y procedió a servirse una medida de brandy, más grande que cualquier otra que Mariah hubiera visto jamás. Bebió todo el contenido y luego golpeó el vaso contra la mesa. Ella esperó unos segundos, pero cuando él no habló ni se movió, supuso que la rabieta había concluido.

—¿Ya terminaste? —preguntó ella, cortésmente.

Él la ignoró. Prácticamente, actuaba como un niño malcriado.

—Entonces —se aventuró a preguntar de nuevo, después de otro silencio rebelde—. ¿No estás casado?

Mariah estaba muy segura de haber escuchado una maldición, antes que él girara para mirarla.

—No. Ya te lo dije antes y te lo digo ahora. ¡No estoy casado! ¿De verdad crees que te habría besado, como lo hice, si hubiera tenido una esposa? ¿Crees que soy ese tipo de hombre?

Mariah se sintió instantáneamente culpable, e inmediatamente adoptó una actitud defensiva.

—Bueno, ¿cómo puedo saber qué tipo de hombre eres? —Ella se lamentó, retorciéndose las manos nerviosamente—. Apenas me hablas y cuando lo haces, eres grosero y descortés. De hecho, si no me besaras como, bueno, como lo haces, pensaría que me odias.

Mariah se sonrojó de vergüenza. No esperaba que la velada fuera así. Había tenido visiones maravillosas de ella, soltando una fría reprimenda y luego saliendo del salón, luciendo magnífica en su ira. En vez de eso, ella había sido sometida a una rabieta, en toda regla, y allí estaba, tratando de defenderse.

El señor Haverton suspiró y se pasó una mano por el pelo. Ella empezaba a darse cuenta que ese era un hábito suyo, cuando estaba agitado y molesto. El gesto le pareció sumamente encantador, pero ahora no era el momento de pensar en esas cosas.

—Mariah, yo…

—Realmente, no creo que sea apropiado llamarme por mi nombre de pila, señor. —Ella resopló.

La mirada que él le dirigió le hizo enroscar los dedos de los pies.

—Mariah —continuó con los ojos encendidos—, si pudieras leer mi mente, en lo que a ti respecta, que diga tu nombre sería la menor de tus preocupaciones.

Una oleada de calor la recorrió a ella por todas partes. Bueno, ¿qué podía decir a eso?

—Ayer te dije que mi vida es complicada, pero no estoy casado ni soy el tipo de hombre, que buscaría el afecto de otra persona, que no fuera mi esposa.

—Entonces, ¿quién es la dueña de este vestido? —dijo ella, mientras tiraba del suave material y lo sacudía frente a él.

Por la forma en que él apretaba la mandíbula, parecía que se trataba de un tema del que no le gustaba hablar.

—No importa quién sea la dueña. No es de mi esposa, ya que tal esposa no existe. Eso es todo lo que necesitas saber.

La curiosidad aumentó y ella moderó su ira, ante el tono de él, y su negativa a hablar de sus preocupaciones.

—Sí que importa. Me importa —insistió ella—. Si llevo la ropa de alguien, me gustaría saber de quién es.

—Déjalo así, señorita Bolton —dijo él con fiereza.

"¿Entonces, él me relegó, nuevamente, a ser la señorita Bolton?"

—Pero, ¿por qué? No me siento muy cómoda con esto, señor Haverton. Hemos sido... bueno, me has besado y... —Podía sentir que sus mejillas ardían de vergüenza por lo ingenua que había sonado, pero, continuó con tenacidad—, y en mi opinión eso debería hacerme saber...

—Por el amor a la bondad, ¡te dije que lo dejaras así!

Esta vez Mariah sí se tapó los oídos, porque ese grito fue demasiado fuerte. Y el silencio que siguió fue ensordecedor. Mariah podía sentir las lágrimas, quemándole la parte posterior de los ojos.

"¿Qué oscuro y horrible secreto está escondiendo? ¿Quién es la dueña del maldito vestido y por qué no me lo dice?"

A medida que se acercaba la noche, una vez más, ella maldijo el hecho de estar atrapada en esa enorme casa abandonada con un hombre que parecía odiarla, cuando no la besaba. Uno que le gritaba por atreverse a querer saber algo sobre él.

De pronto, ella sintió una desesperación enorme por volver a casa, a donde todo le resultaba familiar, aunque molesto. Pero no podía hacerlo.

—Lo lamento. —Mariah saltó al oír su voz, y lo miró con recelo.

Ese rostro registró sorpresa por sus acciones, luego suspiró y dio un paso adelante.

—Por favor, no tengas miedo. Yo solo...

—Si me perdonas —lo interrumpió Mariah, que percibía el temblor, en su voz, pero no podía detenerlo—. Me doy cuenta que ya no tengo hambre.

—Mariah, no huyas. Por favor, solo…

—Soy la señorita Bolton —dijo, dándole a su voz un tono de firmeza muy necesario—. Buenas noches, señor Haverton.

Mariah giró y corrió lo más rápido que pudo de regreso a su habitación. ¡Oh! Cómo deseaba poder volver a casa.

Por primera vez en su vida, Mariah anhelaba la compañía de su madre, lo que demostraba, pensó con tristeza, lo mal que lo pasaba en la casa del señor Haverton.

***

A la mañana siguiente, Mariah abrió los ojos y se tomó un momento para reconocer la

habitación de invitados, todavía desconocida para ella, en la que dormía. Una luz tenue brillaba, a través de las cortinas, y su corazón saltó de esperanza. Se acercó con entusiasmo a la ventana, sin apenas sentir el frío del suelo, en sus pies descalzos. Si había mucha luz, seguramente eso significaba...

Pero no, la tormenta era tan fuerte como siempre.

La nieve golpeaba contra el cristal de la ventana, haciendo que el paisaje circundante fuera completamente irreconocible, y ni siquiera el más pálido sol la saludaba.

Mariah suspiró y dio la vuelta.

Alguien había entrado a encender el fuego, mientras ella dormía, y Mariah se acercó para calentarse, repentinamente consciente del frío que se filtraba, a través de su ligero camisón, que estaba usando desde la noche anterior. Su cabeza palpitaba con fuerza, sin duda, por las lágrimas derramadas y el sueño agitado, que había tenido.

Aunque hoy era un nuevo día y era necesario adoptar una nueva actitud. Tal vez se había dejado llevar por fantasías tontas y nociones románticas sobre el señor Haverton, pero eso ya había terminado.

¡Sí! Es guapo. ¡Sí! Sus besos la volvían loca. Sin mencionar su amplia sonrisa. No obstante, él es un matón, grosero, arrogante y patán, que, probablemente, con toda honestidad, también estaba un poco loco. No creía que él le hiciera daño, al menos no físicamente, pero esas emociones no estaban a la altura de esa ira.

Entonces, lo que haría, decidió con falsa bravuconería, sería ignorarlo tanto como fuera humanamente posible, terminar el trabajo de la biblioteca y luego largarse de allí.

Mariah miró fijamente las llamas anaranjadas y danzantes del fuego, y dejó volar su imaginación, tal como le gustaba hacerlo. Ahora, ella le dio rienda suelta: imaginó que se topaba con él y su misteriosa mujer, en la plaza del pueblo, y se mostraba maravillosamente despreocupada al respecto. Lo vio a él, en un baile, en el salón de actos, y se rió de su añoranza por esa mujer, mientras ella bailaba con todos los apuestos jóvenes caballeros, que se rendían, ante sus pies. Nunca le habían rogado que bailara en su vida, y los caballeros que conocía no eran precisamente apuestos, pero eso no venía al caso.

Sintiéndose un poco mejor, logró esbozar una sonrisa, casi genuina, cuando Dora llegó para ayudarla a vestirse. Le trajo una taza de chocolate, y tomó el camisón de Mariah para lavarlo y dejarlo listo para esa noche.

Afortunadamente, ella también había traído el sencillo vestido de muselina de Mariah, recién lavado y planchado. Mariah no creía tener la fortaleza para usar otra de las prendas de la misteriosa dama.

—¿Usted tiene hambre? —preguntó Dora.

—Estoy famélica.

—Bien —replicó Dora con una sonrisa, mientras abrochaba la parte trasera del vestido de Mariah—. El señor Haverton dijo que debíamos asegurarnos que usted tuviera suficiente para comer esta mañana, ya que no comió anoche.

El corazón de Mariah se agitó, ante la mención de la noche anterior, así como debido al hecho, que él había sido tan considerado con ella.

—¿Y el señor Haverton estará en el desayuno?

Mariah se sentó en el tocador, mientras Dora comenzó a cepillarle y sujetarle el cabello.

—No... Me pidió que me presentara sus disculpas, pero él tiene un montón de trabajo, y estará encerrado, en su estudio, durante el día.

Mariah no se dio cuenta que había estado conteniendo la respiración hasta que la dejó

salir con un suspiro de alivio. No sabía si él la estaba evitando o dándole la oportunidad de evitarlo, pero, de cualquier manera, se encontraba inmensamente agradecida. Todavía estaba enojada, aunque agradecida.

El comedor parecía más grande de lo habitual, sin nadie más que Mariah y los lacayos que la atendían, pero eso no la disuadió de desayunar. Disfrutó de una comida tan abundante, que su madre le habría dado una reprimenda por tener un apetito tan poco femenino.

En cuanto hubo comido hasta saciarse, tomó una tetera y se escondió en la biblioteca. No tenía ningún deseo de ver al señor Haverton. Ni siquiera sabía qué le diría.

La mañana transcurría y la nieve seguía cayendo. El exterior lucía increíblemente sombrío, y Mariah estaba agradecida por el rugiente resplandor del fuego, y la criada que lo vigilaba diligentemente, asegurándose que nunca se apagara.

Mariah tomó el almuerzo en una bandeja, en la biblioteca, y siguió trabajando con la firme determinación de terminar, e irse, antes de tener que volver a ver a Brandon Haverton.

A media tarde parecía que el aullido del viento había disminuido ligeramente, y Mariah esperaba contra toda esperanza, que eso significara que la tormenta estaba amainando.

A medida que se acercaba la hora de la cena, el estómago se le hacía cada vez más fuerte. Salió a escondidas de la biblioteca con los músculos adoloridos y acalambrados por haber estado inclinada sobre tomos pesados, durante todo el día. No quería nada más que un baño caliente y un largo sueño, y cuando tocó el timbre para llamar a Dora, se lo informó a la joven.

—¿Haverton estará esperándola para la cena?

—Quizás, pero estoy demasiado cansada —mintió Mariah, exagerando sus bostezos y flacidez.

Dora no parecía convencida, pero permaneció en silencio, por lo que María estaba muy agradecida.

Después de un largo baño, Mariah pidió una bandeja con la cena, en su habitación, y tan pronto como terminó, ella se metió en la cama.

Eso estaba bien, ella lo pensó así, acurrucándose bajo la pesada colcha de su cama, si pudiera hacer esto todos los días, no habría absolutamente ningún problema.

Capítulo ocho

Sin embargo, sí había un problema… Mariah suspiró con frustración y arrojó el libro, que estaba leyendo sobre la mesita de noche. Ella se estaba volviendo loca, ¡completamente loca! … Encerrada en esa casa. Durante tres días, estuvo en la biblioteca y en su dormitorio, y eso era todo lo que hacía.

Afortunadamente, la nieve había disminuido y, aunque los caminos seguían siendo completamente intransitables para ella y su pequeño carruaje, habían enviado a un lacayo para avisar, que estaba a salvo y debía quedarse en la mansión, incluso el sirviente regresó con algunos de sus vestidos. Desafortunadamente, la ropa vino junto con un sermón de cierta magnitud sobre la decencia y la ruina de las mujeres, en la sociedad, cortesía de una carta de su madre. Pero, ¿ahora, esto? Este encarcelamiento autoimpuesto la estaba volviendo loca, poco a poco.

Mariah se levantó y descorrió las cortinas, que Dora había movido antes. El cielo estaba despejado, la oscuridad total estaba salpicada de estrellas brillantes, y dominada por la pálida luna, tan blanca como el hielo.

La luz de la luna iluminaba el terreno y le daba a todo un brillo etéreo. Todo era tranquilo y hermoso, sin embargo, ella se sentía inquieta. Aún no había llegado la hora habitual de la cena, pero se sentía como si ya hubiera estado en esa habitación durante horas. Lo que necesitaba, pensó Mariah, era una bebida: brandy o whisky, o algo así, que la sumiera, en un sueño profundo y sin sueños.

Porque sus sueños habían estado lejos de ser profundos y muy, muy lejos de ser insulsos. De hecho, apenas podía cerrar los ojos sin que Brandon Haverton apareciera en sus pensamientos.

Mariah no conocía muchas posiciones comprometedoras, pero las que le gustaban eran muy aprovechadas, por su cuerpo, en las altas horas de la noche, cuando su imaginación volaba y terminaba despertando, sintiéndose frustrada, acalorada y molesta. Esto era ridículo y tenía que terminar. Ni siquiera había visto al hombre en días. No lo había observado, desde aquella última conversación horrible en el salón.

Estaba agotada. Debía dormir. Y, sin duda, necesitaba dejar de pensar en el señor Haverton.

Resuelta y de manera firme, Mariah decidió aventurarse por los pasillos.

La chismosa Dora le dijo que el señor Haverton se había quedado en su habitación y en su estudio, sin duda con las mismas intenciones que ella. Entonces, en teoría, debería ser seguro correr escaleras abajo, y tomar una bebida del salón, que estaba muy bien abastecido.

Ella pensó fugazmente que era muy preocupante recurrir al alcohol para enfrentarse a los problemas de la vida, pero luego reflexionó, que nadie había tenido que lidiar antes con un hombre, como Haverton, y si lo hubieran hecho, seguramente muchas mujeres se habrían quedado más que atrapadas, constantemente.

La casa estaba helada, cuando Mariah la atravesó a toda velocidad. Afortunadamente, todavía no se había puesto el camisón, así que si la pillaban, se atrevería a pedir té. El salón estaba vacío y Mariah suspiró aliviada, mientras se dirigía al mueble del bar. Había pensado que una copa de vino medicinal sería suficiente, pero su mano se quedó quieta, mientras vertía la bebida y miraba el brandy de color ámbar, que tanto le gustaba al señor Haverton.

El líquido era repugnante, pero, como era evidente que alcanzó la locura total, sintió ganas de beberlo, porque él fue quien le había dado el primer trago.

"¡Qué tonta soy!"

Se reprendió a sí misma, en silencio, mientras vertía un poco de líquido, en un vaso.

"¿Si bebo su brandy, me acercaré de repente a él? ¿Entonces, él podría quitarse su manto de mal humor, reservado a él, y se enamorará perdidamente de mí, solo por robar algo de su mueble bar?"

Mariah había tenido algunas ideas extrañas, en su época, pero incluso ella podía admitir que parecían un poco descabelladas. No obstante, las mismas no le impidieron beber.

El primer sorbo le quemó la garganta. Tosió y farfulló, y por un momento pensó sinceramente que se iba a morir. Pero, cuando el ardor se calmó, disfrutó mucho de la sensación de calor en el estómago, y tomó otro trago saludable.

—Entonces, ¿eres una ladrona?

Mariah gritó al oír la voz, detrás de ella, y rápidamente derramó el contenido del vaso por todo el frente.

—¡Cielos! Me has dado un susto de muerte —dijo sin aliento, mientras se pasaba el dedo por la parte delantera del vestido sin ningún resultado—. ¿Qué haces acercándote, sigilosamente, a la gente?

Mariah esperó su respuesta, mientras se frotaba la tela de su muselina blanca, ahora empapada. Cuando no recibió respuesta, levantó la vista. Simplemente, su corazón se detuvo y después se puso a galopar.

Esos ojos llameantes estaban clavados en la parte delantera de su vestido, donde el brandy había empapado el material. Mariah pensó, por un minuto, horrorizada, que tal vez este era transparente, pero cuando siguió su mirada, vio que, aunque había un indicio de piel, ciertamente no había nada… bueno… nada inapropiado en exhibición.

Ella volvió a levantar la vista y esta vez sus ojos se encontraron con los de él. ¡Ay! Él parecía casi salvaje. Mariah pensó de repente en el capitán pirata sobre el que leyó, una vez, en un libro… aquel por quien juró a su madre, una y otra vez, que no lo había leído.

Sin embargo, realmente, ella sí lo leyó, y lo disfrutó muchísimo. Y ahora, allí estaba Brandon Haverton, luciendo como el héroe de una escandalosa novela, cobrando vida.

Su cabello, aunque no era largo, era igual de oscuro y sedoso, a la tenue luz del fuego. Sus ojos, negros, como el carbón, pero llenos de fuego, cuando la miraron fijamente, eran exactamente, como ella imaginaba que serían los del malvado pirata. No llevaba chaqueta y Mariah podía ver el contorno musculoso de su torso y su estómago, mientras sus ojos lo recorrían con avidez. De repente, el brandy ya no era lo único que la calentaba…

Mariah esperó a que él hablara, pero él no pronunció palabra alguna. Se limitó a mirarla fijamente. Entonces, ella debería hablar. En realidad, debería irse. Obviamente, se había dicho a sí misma, que no pasaría más tiempo con él. Y allí estaba. ¡Pasando más tiempo con él!

—Si me disculpas —murmuró ella, y se dispuso a salir de salón.

Pero cuando Mariah pasó, por un lado, Haverton extendió la mano y la agarró por la parte superior del brazo.

—Espera —dijo él con brusquedad.

La piel de Mariah se ampolló por el calor de su tacto.

Esto no estuvo bien. Nada bien. Aunque ella esperó. Y él todavía no hablaba.

—Señor Haverton, de verdad que…

—Te has estado escondiendo —dijo él de repente—. ¿Por qué?

Mariah apartó el brazo y dio un paso atrás, alejándose de él.

—He estado ocupada.

—¿Demasiado ocupada para comer en el comedor?

—¿Cómo sabes dónde he comido? Tampoco has estado en el comedor —replicó ella.

—Sí, pero admito que, he estado escondido.

"¡Oh!"

—¿Por qué? —preguntó ella, negándose todavía a admitir lo mismo.

Luego, él suspiró y fue a servirse una copa de brandy, sirviéndole otra sin preguntarle, si ella quería.

—No quiero otra.

—Derramaste la primera.

—Sí, entonces, debería cambiarme la bata.

—Oh, no me estoy quejando, solo estoy reponiendo tu bebida.

Mariah tragó saliva. Él tenía la asombrosa habilidad de dejarla totalmente sin palabras con apenas unas pocas palabras.

Él regresó hacia ella y le entregó el vaso, que ella tomó sin hacer comentarios.

—¿Te puedes sentar un momento? Quiero hablar contigo.

Mariah dudó, antes de obedecer. Pocas veces, él le hablaba con tanta amabilidad, y eso despertó su curiosidad.

Además, por mucho que le costara admitirlo, incluso a sí misma, cualquier oportunidad, que tuviera de pasar tiempo con él, era algo por lo que estaba agradecida.

Ella esperó a que él hablara, pero durante un largo rato, él se quedó sentado, mirando fijamente las brasas brillantes del fuego. Finalmente, empezó a hablar con su voz grave, lo que hizo estragos en sus nervios, que ya estaban destrozados.

—Debo disculparme por mi comportamiento, en la cena de la otra noche. Fui imperdonablemente grosero. Y no te lo mereces.

"Bueno, ese es un buen comienzo."

—Gracias —dijo ella, como lo exigen los buenos modales, y continuó—, yo también lo siento. Si no quieres contarme cosas sobre tu vida, es perfectamente aceptable. Solo estoy aquí para arreglar tu biblioteca.

Entonces, él la miró con el ceño fruncido, como si sus palabras lo confundieran.

—Casi me olvidé de eso. ¿Cómo te va con eso?

—¡Oh, maravilloso! Tienes una colección extraordinaria aquí, señor Haverton. Espero que consideres conservarla. Ha conseguido un auténtico tesoro en este lugar.

Él sonrió indulgentemente, lo que hizo que su respiración se acelerara.

—¿Te apasionan mucho los libros?

Mariah asintió con entusiasmo, pero se abstuvo de lanzarse a un discurso sobre las maravillas de los libros y esa biblioteca. Estaba mucho más interesada en lo que él tenía que decirle.

Hubo otro silencio y esto fue muy molesto.

—Dime, señorita Bolton, ¿crees que a alguien menos interesado en los libros que tú, pero que podría necesitar desesperadamente algún tipo de distracción, le gustaría tener la colección de la biblioteca?

Mariah frunció el ceño, ante la extraña pregunta.

—Supongo que dependería de lo que les interesara leer, señor —empezó a decir, sin estar segura qué estaba él preguntando, exactamente—. Pero la colección es variada e interesante.

Incluso hay algunas novelas góticas, terriblemente románticas. —Sonrió, tratando de aligerar su repentino estado de ánimo sensiblero.

No obstante, él no le devolvió la sonrisa. Por un momento, ese rostro se volvió tan sombrío que Mariah casi lo agarró... Casi...

—Señor Haverton, ¿está todo bien? —preguntó ella, insegura.

Él se sobresaltó, ante su pregunta, como si hubiera olvidado que ella estaba allí.

—Te he tratado abominablemente, ¿no es así? —lo reconoció en voz baja.

Mariah sintió pena por él, le dolía el corazón. Pero no mentiría.

—Sí, de verdad que sí. No siempre, pero, sí.

—Eres refrescantemente honesta, Mariah.

Él pronunció su nombre otra vez. Ella no lo corrigió. Le gustaba demasiado oírlo.

—No siempre fui tan torpe con el sexo opuesto —lo expresó, encogiéndose de hombros con aire de autodesprecio, lo que a ella le pareció demasiado adorable—. De hecho, en mi época fui un verdadero libertino.

Ella podía creerlo. Cualquiera que se pareciera a él y besara de esa manera, seguramente habría sido el descorazonador de muchas mujeres.

—¿Extrañas eso? ¿La vida que tenías en Londres?

—Extraño lo despreocupada que era mi vida antes…

—¿Antes?

Él suspiró y se pasó una mano por la cara, luciendo repentinamente mayor.

—El otro día preguntaste a quién pertenecía el vestido, que llevabas puesto.

A Mariah se le palpitaba el corazón en el pecho. ¿Iba a admitir que, en realidad, estaba casado? La idea la hizo sentir mal, y dejó su copa intacta sobre la mesa de café.

—Deberías saberlo, te veías tan encantadora con el mismo...

—Gracias —dijo ella con desdén, negándose a distraerse de la conversación por esos lindos cumplidos.

—El vestido es de mi hermana. Era de mi hermana, mejor dicho.

Mariah sintió una oleada de alivio tan intensa, que la tomó por sorpresa. Pero cuando las palabras le resultaron familiares, se dio cuenta de su significado.

—¿Era? —preguntó ella, en voz baja.

—Murió hace dos años —aclaró con una voz carente de emoción, pero ese tictac, en su mandíbula, lo delató una vez más.

—¿Qué pasó?

De repente, él se puso de pie, casi como si ya no pudiera soportar quedarse quieto. Caminó hasta la chimenea y se detuvo, dándole la espalda.

—Mi hermana era hermosa, dulce e increíblemente ingenua. —Las palabras salieron tan silenciosamente, que ella se esforzó por escucharlas—. Era la niña de los ojos de mis padres, y también de los míos. Era unos años menor que yo, y yo la adoraba, al igual que todos los que la conocían.

Mariah se levantó y fue a pararse a su lado, sintiéndose repentinamente fría e incómoda, aunque sin saber por qué.

—Sabíamos que cuando finalmente saliera sería la estrella de la alta sociedad. ¡Era una persona incomparable, de primer orden, una dama de calidad! … Me preocupaba ella, tal como hacen los hermanos sobreprotectores, que la persiguieran los peores libertinos y también hombres de buen carácter, y estaba decidido a permanecer a su lado, durante toda su temporada… Pero, resultó que mientras todos nos preparábamos para que ella llamara la

atención de un caballero de mala reputación, durante la temporada, ella ya se había relacionado con uno, más cercano a nuestra casa. —Él vació el vaso, que tenía en la mano, y luego miró fijamente el vaso vacío, como si pudiera ver el pasado del que hablaba, dentro de sus profundidades.

—El hijo de un conde vecino, que era mucho mayor que ella y estaba casado, la sedujo. Ninguno de nosotros lo supo. Solo nos enteramos, cuando ella vino a verme, completamente angustiada… Él la dejó embarazada y, cuando ella fue a verlo y se lo contó, él le habló de su esposa y sus hijos… Le dijo que se mantuviera alejada de él, y juró que negaría cualquier conocimiento de su supuesto romance.

—¡No! —jadeó Mariah, sintiendo el dolor, que él irradiaba, mientras contaba su triste historia.

Él continuó, como si ella no hubiera dicho nada:

—Yo era un asesino. ¡Quería matarlo con mis propias manos! Pero mi padre me convenció que me quedara en casa, mientras él iba a ver al conde. No sabía qué bien creía que él podía hacer. ¡Ella estaba arruinada! Su vida quedó destruida a los quince años.

—Mi padre regresó, como yo sabía que haría, con la noticia que el conde había amenazado con usar todo su poder para mantener a mi familia callada sobre lo que había sucedido. —Sus labios se presionaron en una delgada línea, y ella pudo ver la vena de su sien palpitar.

—Daphne estaba desconsolada. Se convirtió en una sombra. Su vientre creció con su hijo, pero su alma se marchitaba cada día más. —Se pasó una mano por el pelo, tirando ligeramente de los mechones, su rostro era una imagen de impotencia y desesperación—. Ninguno de nosotros sabía cómo ayudarla. Mantuvimos esto, en silencio, lo mejor que pudimos. Sobornamos a los sirvientes, echamos a los visitantes. La gente chismorreaba, por supuesto, pero los ignoramos.

Mariah sintió que temblaba de rabia y a la vez de simpatía hacia él, avivando una miríada de emociones, que ahora no los ayudarían, así que se mordió la lengua para no hablar.

—Me hice cargo de la finca y comencé a desarrollar mis diversas empresas comerciales. Pensé que si ganaba suficiente dinero podría darle a ella y al niño una vida tranquila, en el campo, lejos de miradas indiscretas y malas lenguas —suspiró con cansancio, y esto sonó como si le saliera del alma.

—Cuando me enteré que había tenido una niña, regresé a casa. —Cerró los ojos, pero no antes que Mariah viera un destello de dolor tan crudo, que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ni siquiera la reconocí. El parto había sido duro, pero no solo eso. Estaba sin vida, como un fantasma... Apenas comía, no hablaba. Y el estrés también había hecho mella en mis padres. Poco después, el corazón de mi padre dejó de latir por completo. Daphne ni siquiera asistió al funeral.

Brandon hizo una pausa y tragó saliva convulsivamente. El crujido de un tronco al asentarse era el único sonido. Ella quería desesperadamente acercarse a él, pero se contuvo, deseando que terminara, sintiendo que necesitaba hablar de eso.

—De todos modos, pasaron los años. Me fui otra vez y trabajé como un perro. Ahora admito que estaba eludiendo mis responsabilidades. No sabía cómo lidiar con la enfermedad de Daphne y el dolor de mi madre. —Sacudió la cabeza, sus ojos eran más sombríos de lo que ella los había visto nunca.

—Me mantuve alejado hasta que recibí una carta.

Él se detuvo de nuevo y su voz se quebró en la última palabra. Mariah estaba llena de

miedo. Quería decirle que se detuviera, que ya no necesitaba escuchar más. Pero algo le decía que él necesitaba decirle algo en voz alta.

—Cuando Charlotte, mi sobrina, tenía tres años, Daphne se fue al bosque, que rodea nuestra finca, y se pegó un tiro. Aún no había cumplido los veinte.

—¡Oh, Brandon! —Mariah sabía que no debería haber pronunciado su nombre de pila, pero no le interesaban esas cosas mundanas, en ese momento, estando tan consumida estaba por la compasión. Levantó un brazo y lo colocó sobre el de él, sintiendo lo tensos que estaban sus músculos debajo de la manga de su camisa.

—Yo no estaba allí… Si... Si hubiera estado allí, podría haberla detenido. Si la hubiera alejado antes, si la hubiera traído aquí, donde nadie pudiera saberlo, podría haberla salvado. —Hizo una mueca, al ver el vaso, que tenía en la mano, y luego lo dejó caer con fuerza sobre la repisa de la chimenea—. ¡Le fallé y ahora está muerta! Mi sobrina no tiene madre, mi propia madre ha quedado totalmente destruida por ello, y yo soy todo lo que tienen ahora, un hombre que ha ganado más dinero del que puede gastar en su vida, y no puede hacer nada bueno por ellas. ¡Fui un cobarde y todas ellas han sufrido por esto! —Se apartó de su contacto comprensivo, alejándose de Mariah.

Por supuesto, Mariah estaba horrorizada por la tristeza de esa historia. Estaba aterrada que él se culpara tanto, a sí mismo. Ella negó con la cabeza y se puso de pie frente a él, nuevamente.

—Brandon, no. ¡No! No puedes culparte a ti mismo. No te lo permitiré.

Su rostro era una máscara sin emociones, carente de todo sentimiento. Ella se dio cuenta que apenas la escuchaba, pero siguió adelante:

—Por favor, escúchame. Tu hermana, tu pobre y dulce hermana, se puso enferma, Brandon. Se puso tan enferma que ya no pudo soportarlo más. No habría importado, si tú hubieras estado allí. Ella ya había dejado de vivir. No fue tu culpa. No tienes la culpa.

Él seguía sin reaccionar. Era una estatua. Su dolor ya no se reflejaba en su rostro, pero ella sabía que lo sentía profundamente por la tensión de su mandíbula y la rigidez de su columna. Desesperada, lo agarró por los hombros, y lo giró por completo para que la mirara de frente.

—Escúchame —dijo desesperada—. Ahora no puedes ayudar a tu hermana, pero puedes ser el hombre que necesitas ser para tu familia. Para tu madre y para Charlotte.

—¿Cómo? —preguntó él, entrecortadamente—. ¿Cómo podré arreglarlo?

—Siendo feliz —dijo ella con firmeza—. Creando un hogar feliz para ellos. Sintiéndote orgulloso de tu sobrina, no avergonzado. Los pecados de su padre y los errores de su madre no son de ella. ¡Dale un hogar lleno de amor! Sé el padre que ella necesita. Muéstrale a tu madre que todavía tiene una hija por la que vivir.

—No he vivido en dos años. Dejé de vivir el día que mi hermana...

—¡Brandon! —insistió ella con tristeza.

—Fue la Navidad pasada. El día de la Navidad —admitió en voz baja—. Por eso estaba tan desesperado por que este lugar estuviera preparado. No creo que mi madre pueda soportar quedarse donde está. Y no quiero que Charlotte esté allí, donde murió su madre, más tiempo del necesario.

Lágrimas calientes corrieron por el rostro de Mariah. En ese momento, ella supo que, sin razón ni sentido, se estaba enamorando perdidamente de ese hombre. Aunque solo habían pasado unos días. No podía explicarlo. Era ilógico y tonto, pero era verdad. Se estaba enamorando perdidamente y deseaba con todas sus fuerzas ayudarlo.

—Brandon, una gran biblioteca, una casa nueva. ¡Esto es maravilloso! Pero no es

suficiente. ¡Te necesitan a ti! No a las cosas. Y la única manera de hacerlos felices es que tú seas feliz. Y para ser feliz, ¡debes perdonarte a ti mismo! Debes hacerlo. —En su desesperación por que él la escuchara, agarró las solapas de su chaqueta y las sacudió, mientras hablaba.

Poco a poco, esos ojos se concentraron en ella. Hasta ese momento, los mismos se encontraban en otro lugar. Él había estado mirando el pasado del que no podía escapar, no a Mariah. Aunque ahora la estaba observando. Lentamente y con ternura, él levantó una mano y le secó las lágrimas de la cara.

—Estás llorando —dijo él, en voz baja—. No era mi intención hacerte llorar.

Mariah se secó las lágrimas con impaciencia.

—No importa —replicó, restándole importancia.

—Sí, lo es —argumentó—. Probablemente más de lo que debe ser… No me gusta verte llorar. —Parecía desconcertado por el hecho.

—Brandon, por favor, escucha. Por favor...

—Es tarde —la interrumpió, de repente sonando exhausto y mayor que su edad—. Vete a la cama, Mariah.

—Pero…

—Por favor —dijo, en un susurro entrecortado—. No debería haberte cargado con los pecados de mi pasado. Solo quería que lo supieras. Cuando me alejo de ti, cuando soy grosero, frío e insensible, es porque siento lo atraído que estoy por ti, y tú mereces mucho más que el cascarón de hombre, en el que me he convertido.

—Brandon...

—Vete, Mariah… Vete.

Ya hablarle no serviría de nada. En esos momentos, él no volvería a escucharla. Mariah sacudió la cabeza y dio la vuelta para marcharse. Sintió como si se le rompiera el corazón. Cuando llegó a la puerta, miró hacia atrás, y vio que él la estaba mirando. Su rostro era una máscara de absoluta desolación. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia él, y le echó los brazos al cuello, presionando sus labios contra los de él.

Ella no podía besar su dolor para que se fuera. Su tacto no podía compensar lo que él había sufrido. Lo que todavía sufría. Pero eso no significaba que ella no pudiera intentarlo... Trataría de mostrarle que la compasión todavía existía en el mundo, y que él era digno de ella. Obviamente, él sentía que no la merecía. Pero no era así, y ella quería demostrárselo.

Él se mantuvo rígido por un segundo o dos, antes de pronunciar una maldición, presionar sus labios contra los de ella, envolverla con sus brazos y levantarla del suelo. A ella le dolían esos labios, esos brazos la aplastaban y esa lengua le exigía demasiado. Los besos, que ella solo había pensado como consuelo, de repente se convirtieron en algo mucho más. Eran salvajes, primitivos y absorbentes.

Fue como si contarle su historia le hubiera abierto el alma. Y ella se regocijaba por ello. Sentía que se estaba convirtiendo en parte de él, y él en parte de ella. Fue la cosa más intensa y confusa, que ella había sentido, y se estremeció con ese poder. Sin embargo, todo terminó demasiado pronto.

La bajó con suavidad, apartándola y mirándola fijamente, durante un momento, que le paró el corazón. Luego, con un beso en la frente, él la dejó ir.

—Buenas noches, Mariah —dijo suavemente.

Ella no podía hablar, así que giró y salió del salón, en silencio.

Capítulo nueve

La tormenta había pasado, tanto dentro como fuera de la casa.

Por mutuo acuerdo tácito, la conversación de aquella noche, cuando él le contó su triste historia, no volvió a mencionarse. Pero Mariah no la había olvidado, y estaba decidida a hacer de esta Navidad una feliz celebración para esa sufrida familia.

Los días fueron pasando, convirtiéndose en una feliz rutina. Feliz, en todo caso, para Mariah. El trabajo de la biblioteca iba viento en popa y, como el viento y la nieve habían amainado, Mariah podía pasar un rato, en los jardines.

No se aventuró demasiado lejos porque en algunos lugares, la nieve le llegaba hasta las rodillas, pero le hizo bien a su corazón, que ella saliera y se moviera. No obstante, el cambio en Brandon no fue bueno para su corazón.

Después de la otra noche, continuaron llamándose por sus nombres de pila, y aunque Mariah sabía que esto era una descortesía impactante, eso no los detuvo.

Ahora, Brandon era amable, atento, conversador y hasta alegre, a veces. Bueno, al menos intentaba ser alegre. La acompañaba a comer. Incluso venía a ver sus progresos en la biblioteca y la felicitaba por su trabajo.

Sin demasiado entusiasmo, la acompañó en un recorrido por la casa y escuchó su lista de ideas para redecorar. Fingió escuchar, claro está. Pero eso no importó, ya que esa noche, durante la cena, ella le presentó un catálogo de notas sobre sus ideas.

Él se rió y lo aceptó con gracia. Ella sintió un momento de intensa tristeza, cuando se dio cuenta que la madre de él probablemente haría sus propios cambios, y Mariah ni siquiera estaría allí para verlos.

Pero era mejor no pensar demasiado en esto. Al igual que era conveniente no reflexionar en el hecho que había pasado de enamorarse de él, a estar completamente enamorada de él, a la velocidad de un carruaje desbocado. Sí, ¡ella era una tonta! Su madre le había advertido, durante años, que ella misma sería su propia perdición. Y esto era cierto. Sin embargo, Mariah no quería obligarse a preocuparse mucho. No mientras fuera tan feliz aquí con él.

Esa mañana, ellos se sentaron a disfrutar de un desayuno tranquilo y a Mariah se le ocurrió que, si él fuera su marido, se deleitarían de mañanas, como esa, todos los días. Era una fantasía que se permitía con demasiada frecuencia, últimamente.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó con valentía, como si tuviera derecho a preguntarle.

—Como los caminos están demasiado mal para llegar a mis molinos, había pensado ir hasta el pueblo, y buscar trabajadores para comenzar con los cambios.

—¿Cambios? —Mariah lo miró boquiabierta—. ¿A qué te refieres?

—Bueno, querida, algunas de tus ideas son muy elaboradas, lo cual no es en lo más mínimo sorprendente.

Mariah desconoció su sarcasmo, tal como intentó ignorar el hecho que él la había llamado querida. ¿Se estaba volviendo querida para él?

—Por lo menos, necesitaré un carpintero. Además, necesito encontrar a alguien que pueda conseguir adornos de papel y cosas así.

—Pero, pero… ¿quieres decir que estás haciendo todos los cambios que te sugerí?

—Bueno, ¿por qué no? —preguntó él, sonriendo. Parecía que se estaba divirtiendo

muchísimo—. Leí tus notas, o más bien tus exigencias, y todas tienen mucho sentido. Es evidente que has pensado mucho en ello, y te lo agradezco.

—¿Y tú? —preguntó ella, un poco desconcertada. Por lo general, sus útiles notas, que distribuía con frecuencia entre familiares y amigos sobre una variedad de temas, eran consideradas intrusivas y no deseadas.

—Estoy mejor, por muchas cosas —dijo él, y sus ojos brillaron de una manera, que hizo arder el cuerpo de ella.

Brandon no la había tocado, desde su última conversación, pero ella deseaba que lo hiciera, y tenía muchísimas ganas, de hecho. Ella sonrió en respuesta, y supo que su amor por él debía estar impreso en su rostro, pero no podía evitarlo.

Un lacayo entró con más café, rompiendo efectivamente el hechizo, y Mariah miró su plato, sintiéndose repentinamente cohibida.

—¿Qué harás hoy? —Esa suave pregunta la sobresaltó a ella—. ¿Continuaremos en la biblioteca?

—Ya lo había pensado. Aunque, para ser sincera, como has decidido quedártelo todo, la obra está prácticamente terminada. ¿Crees que le gustará a tu madre, si no le gustan tanto los libros? —le preguntó, y evidentemente había decidido quedarse en la biblioteca con la esperanza de distraerlo de su dolor.

—No tengo ninguna duda que le encantará —respondió él con una sonrisa críptica en su rostro.

Mariah frunció el ceño un poco, sintiendo que él estaba ocultando algo, pero pronto se distrajo con un pensamiento poco agradable.

—Si los caminos hacia el pueblo son transitables, realmente debería regresar a casa —dijo ella, tratando de no sonar demasiado desconsolada por la idea.

Él no respondió. Mariah levantó la vista y lo vio frunciendo el ceño.

Pero luego su rostro se iluminó y habló de nuevo:

—Sí, supongo que deberías hacerlo. Aunque no quiero que conduzcas el carruaje tú sola.

Ella podría argumentar que era perfectamente capaz de conducir sola, pero si eso significaba más tiempo con él, se quedaría callada.

—Probablemente, tengas razón. ¿Serías tan amable de llevarme contigo al pueblo, cuando hagas tus recados?

—Por supuesto. Sin embargo, yo... eh... acabo de darme cuenta que tengo una misiva urgente, que debo enviarle al señor Smith, esta tarde, por lo que mi viaje al pueblo se retrasará. Tal vez hasta mañana. Espero que no te importe.

Mariah no pudo evitar sonreírle.

—No me importa en absoluto —destacó ella, y una explosión de felicidad explotó en su interior. Esa sonrisa en respuesta hizo que Mariah sintiera mariposas, revoloteando alrededor de su estómago.

—A mí tampoco.

Mariah pasó la mañana, terminando su catálogo de libros. La biblioteca era verdaderamente fascinante y esperaba con todo su corazón, que le brindara algo de alegría, a la señora Haverton, y, a través de ella, algo de alegría a su hijo. Aunque no había exagerado, cuando dijo que prácticamente había terminado su obra, y, con un suspiro, cerró el libro de contabilidad, luego de escribir la última de sus notas.

En su opinión, un caballero podría vivir muy cómodamente con las ganancias de las colecciones, si decidiera venderlas, aunque estaba encantada que Brandon fuera a quedarse con

ellas. En cualquier caso, él no necesitaba el dinero. Al parecer, era más rico de lo que ella había pensado en un principio.

Mariah miró por la ventana, y sonrió por la hermosa vista, que tenía ante ella. Hoy, el sol de invierno brillaba y la cegaba, al tocar la nieve blanca pura. A donde quiera que mirara había huellas de pisadas, algunas de ellas suyas, esparcidas por el lugar, pero no estropeaban la vista. En todo caso, era agradable volver a ver huellas de pisadas, alrededor de la antigua mansión. Mariah decidió que una caminata por la nieve sería lo ideal, así que fue a buscar sus resistentes botas de montaña y su pesada capa de lana, emprendiendo una larga y serpenteante caminata.

No obstante, no estuvo mucho tiempo inconsciente, cuando un recuerdo de la infancia la atrapó en sus entrañas, y comenzó a hacer un muñeco de nieve. Mariah estaba tan absorta, en la tarea, que no se dio cuenta del tiempo, y pasó un par de horas felices, construyendo un ejemplar bastante grande de nieve. Ahora el problema era que no podía alcanzar la cima para colocarle la cabeza.

Ella acababa de levantarse del suelo de una manera muy poco femenina, cuando el sonido de una risa la hizo girar. Brandon le sonreía, luciendo despreocupado y feliz. Verlo le hizo latir el corazón.

—Permíteme —dijo, dando un paso adelante para quitarle la cabeza de las manos. Se acercó al muñeco de nieve y lo colocó fácilmente encima, antes de dar un paso atrás para observar ese logro.

—Está un poco torcido —dijo él.

—¿Cómo te atreves? Él es perfecto.

—¿Él?

—Sí, él... El señor Snow.

—¿Has nombrado a un hombre hecho de nieve ?

—Por supuesto —respondió ella, como si fuera perfectamente normal ponerle nombre a los montones de nieve.

—¿Ya terminaste?

—Por supuesto que no, necesita una cara y unos brazos.

—¿Los harás?

—Los haré.

Brandon dio un largo suspiro de sufrimiento, aunque todavía estaba sonriendo.

—Muy bien, terminemos con él, antes que mueras congelada.

Mariah estaba encantada de pasar ese tiempo con él, y ambos se propusieron convertirlo en la mejor escultura de nieve posible. Incluso ella no recordaba un momento más feliz, que el que había pasado en el jardín, aquella tarde. Su búsqueda de piedras y ramitas se convirtió en una batalla de bolas de nieve, digna del mismísimo Nelson, y Mariah tuvo que admitir una derrota entre risas, antes de poder continuar con el señor Snow.

Finalmente, cuando el cielo se oscureció y sus dientes comenzaron a castañetear, declaró que su creación estaba terminada, y caminaron de regreso hacia la casa.

—Vendrás a la fiesta de Navidad, ¿cierto? —le preguntó Mariah con los labios congelados, que sospechaba que se estaban poniendo azules.

Él la miró y su rostro reflejaba desagrado.

—Estás helada, Mariah. Deberíamos haber venido antes.

—¡Tonterías! Estoy bien —replicó ella, castañeteando los dientes—. ¿Pero la fiesta?

—No lo sé —dijo él, dubitativamente—. ¿Qué es?

Mariah se rió.

—¿Qué crees que es? —preguntó ella—. No es nada doloroso, te lo aseguro. Solo villancicos, comida, sidra caliente y baile.

—Yo no bailo —dijo de repente, sonando bastante petulante.

—¿Sabes bailar? —preguntó ella.

—Bueno, sí —respondió de mala gana, mostrando de repente un intenso interés en sus botas de arpillera.

—Entonces, baila —expresó ella con una amplia sonrisa.

—Bailaré, si puedo bailar contigo —replicó él, levantando los ojos y sonriendo.

Mariah sonrió tímidamente y respondió:

—Estoy segura que eso se puede arreglar.

El ambiente se arruinó de repente, cuando Mariah pisó una piedra escondida bajo la nieve y se cayó. Extendió la mano para detener la caída y agarró el abrigo de él. Pero como él no lo esperaba, lo único que ella logró fue tirarlo encima de su cuerpo.

Aterrizaron con un ruido sordo en la nieve, y Brandon inmediatamente se levantó sobre sus manos, mirándola, con los ojos iluminados por la preocupación.

Mariah se echó a reír a carcajadas, sin importarle que su cabello, ahora estuviera empapado por la nieve helada sobre la que yacía.

Ella lo miró a los ojos y la risa de repente murió en sus labios.

¡Cielos! Él era hermoso. Sin pensar en sus acciones, él levantó una mano y apartó un mechón de cabello de su frente. Esa simple acción fue como echar yesca al fuego. Ella lo observó, fascinada, en el momento, en que él perdió el control y se zambulló, saqueando su boca con la suya. Mariah jadeó, ante la bienvenida invasión, enroscando los brazos alrededor de su cuello, y acercándolo más a ella. Él gimió y obedeció, dándose la vuelta y llevándola consigo para que quedara encima de él.

¡Oh! Mariah podría quedarse allí felizmente para siempre.

El beso se prolongó y ella supo que quería más. Si él le pedía más, ella se lo daría. El sonido de un suave carraspeo los hizo separarse de un salto y Mariah se puso de pie apresuradamente. Ella giró y vio a una mujer, a la que nunca había visto antes, mirándolos a ambos con gran interés.

—Hola, cariño —le dijo a Brandon, que estaba de pie, y tenía una expresión en el rostro, que parecía indicar que se dirigía a la horca. La mujer sonreía, aunque la tristeza en sus ojos oprimía el corazón de Mariah.

“Esta solo puede ser su madre.”

—Decidimos venir temprano y darte una sorpresa —manifestó ella, en voz baja—. ¿No vas a presentarme a tu... eh... amiga?

Las mejillas de Mariah se pusieron coloradas. La mujer era su madre y acababa de pillar a Mariah tumbada sobre su hijo. ¡Qué vergüenza!

***

Mariah había escapado lo antes posible sin parecer maleducada, aunque se rió, histéricamente, al pensar en estar preocupada por la grosería, cuando había estado atacando a Brandon, en el césped delantero, no hacía treinta minutos.

“¿Qué diablos pensaría mi madre, si nos hubiera visto?”

Mientras esperaba que le llegara el baño, Mariah caminaba agitadamente de un lado a otro de su habitación. Brandon había cambiado con la llegada de su madre, volviendo a ser el hombre hosco y malhumorado de antes. Ella intentó no sentirse herida, pero lo estaba. Por

supuesto que era así. Y él debía estar furioso con su madre.

Mariah dio la vuelta con una sonrisa de alivio, en su rostro, cuando la puerta se abrió, sin duda, anunciando la llegada de su agua caliente, pero en vez de eso, una personita entró en el dormitorio con una mancha de rizos oscuros y un vestido blanco.

—Hola. —La imagen borrosa se detuvo, y ella se dirigió a la misma, tímidamente.

Mariah le sonrió a la hermosa criatura, que acababa de irrumpir en su habitación.

—Hola —repitió ella, arrodillándose a la altura de la niña—. Creo que sé quién eres. Eres Charlotte, ¿no?

—Lo soy —respondió la pequeña, con sus enormes ojos azules, inmersos en su cara de niña. Era una auténtica muñeca y, por la descripción que Brandon había hecho de ella, era la viva imagen de su pobre madre—. Pero todo el mundo me llama Lottie.

—¡Qué nombre más bonito para una jovencita tan guapa! ¿Puedo llamarte Lottie?

Lottie asintió, inclinó la cabeza y observó a Mariah con atención:

—Yo también sé quién eres.

—Oh, ¿en serio?

—Sí, eres la maldita molestia con la que el tío Brandon no quiere casarse.

Mariah sintió como si la hubieran rociado con agua helada, y se quedó boquiabierta.

—Disculpa, ¿cómo estás? —dijo ella, asombrada.

Lottie se encogió de hombros de esa manera maravillosamente despreocupada que tienen los niños, y explicó:

—Al menos, eso es lo que el tío Brandon le acaba de gritar a la abuela. Estoy segura que una de esas palabras es grosera porque el tío Brandon siempre dice malas palabras, cuando está enojado, y ahora está muy enojado.

—Lottie, ¿me disculpas? —dijo Mariah débilmente, sin esperar una respuesta, mientras salía del dormitorio.

Llegó al salón, pero se detuvo afuera, mientras continuaba la batalla, que Lottie había escuchado claramente.

—No puedes retozar con una joven respetable, a la vista, y no casarte con ella, Brandon. ¡Eso no se hace!

—¿Crees que me importa un carajo lo que hago o no? —gritaba Brandon—. Te lo advierto, madre. ¡Deja pasar esto! No permitiré que ninguno de los dos quede atrapado en la soga del párroco por un beso sin sentido.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa? —preguntó su madre, mientras, fuera del salón, el corazón de Mariah se partía en dos—. Después de la forma en que tu hermana...

—Esto no tiene nada que ver con Daphne —bramó Brandon—. No he tocado a esta chica, salvo unos cuantos besos, y tampoco tuve intención de hacerlo. ¿Cómo puedes pensar que hice algo así?

—No lo sé —respondió su madre, ahora en tono tranquilizador—. Pero, aún así, Brandon, la joven tiene una reputación que cuidar. Además, vi la forma en que la mirabas y ella te miraba a ti. Está claro que hay algún sentimiento entre ustedes. Algo de afecto.

Mariah esperó con gran expectación su respuesta.

"Por favor, que él diga que le importo," oró fervientemente.

—Y si la hubiera, ¿de qué serviría? Tú no la conoces, madre. Es joven, vivaz y llena de vida. Se merece algo más que un hombre destrozado, medio muerto.

—Dime una cosa —le dijo su madre, en voz baja—. ¿La amas?

El corazón de Mariah galopaba, y ella cerró los ojos esperando con todas sus esperanzas.

—¡Por supuesto que no! —Esa risa burlona de Brandon fue como una daga en el corazón herido de Mariah.

Tan silenciosamente como pudo, y con sus lágrimas amenazando con brotar, cada vez más, en cada segundo, Mariah dio la vuelta y huyó.

Capítulo diez

—Mariah, date prisa, por el amor al Cielo. Todo el pueblo estará allí ya.

Mariah se mordió la lengua, algo que no había tenido que hacer desde hacía semanas.

—Ya voy, mamá —replicó con toda la dulzura que pudo, aunque tenía los dientes apretados. Esa mujer no dejaba de regañarla.

Habían pasado cuatro días, desde que se había escapado de la mansión. Sentía un cierto arrepentimiento por haberse escabullido de la casa, como un ladrón en la noche, especialmente porque la madre de Brandon había sido tan amable con ella. Pero no podía afrontar una despedida, no podía volver a mirarlo, después de lo que oyó. Incluso ella fue demasiado cobarde para arriesgarse a estar en su compañía por miedo a llorar, y suplicarle que la amara, o a enfurecerse porque él no podía, o no quería hacerlo.

Regresar a casa no había hecho que el dolor desapareciera, pero al menos su madre era una buena distracción.

Tan pronto como se aseguró que Mariah no estaba completamente arruinada ni mortalmente herida, ella lanzó a un sermón tan largo, que incluso el padre de Mariah intervino. Solo pudo escapar cuando su madre se dirigió contra su padre.

Mariah se negó rotundamente a responder todas y cada una de las preguntas sobre Brandon Haverton, salvo para decir que terminó su trabajo, en la biblioteca, y que ya no tenía motivos para estar en esa casa.

—Pero tus vestidos —había argumentado su madre con un brillo de sospecha en sus ojos.

—Él ha prometido enviarlos —mintió Mariah, suavemente, negándose a explicar por qué los había dejado a todos allí, en primer lugar.

Ahora, era el día de la fiesta, y aunque Mariah había intentado todas las excusas y razones posibles para no asistir, iba a ir.

Su único consuelo era que Brandon Haverton no asistiría voluntariamente, y su madre parecía demasiado triste para insistir en ello.

La familia salió a caminar hacia la plaza, que se encontraba frente a la iglesia, donde se llevarían a cabo los festejos. Apenas llegaron fueron recibidos por amigos y conocidos, y Mariah aprovechó el caos, que se desató, para escabullirse a un banco escondido, detrás de la iglesia.

El alivio la invadió, al encontrarlo vacío.

Se sentó, dejando que la serenidad la inundara y sanara su corazón herido. Este lugar siempre había sido uno de consuelo y paz, en tiempos difíciles, pero hoy su miseria no sería silenciada.

Sentada allí, miró hacia el cielo, vio la Estrella del Norte brillando intensamente, y sintió una lágrima correr silenciosamente por su mejilla.

Mariah deseaba con todo su corazón, que Brandon y su familia fueran felices, algún día. Quería más que nada ser quien trajera de nuevo el amor y la alegría, a la vida de ellos, pero por mucho que lo quisiera, no podía obligarlo a que le devolviera ese sentimiento. Sin embargo, ella todavía lo amaba. Más aún, quería que él encontrara a alguien a quien amar y pudiera devolverle la vida. Así que lo deseó. Y lo hizo con cada fibra de su ser.

—Por favor —susurró al cielo nocturno—. Por favor, déjalo encontrar la felicidad. ¡Déjalo encontrar la paz!

Mariah se sentó por un momento o dos más, y luego, con el corazón apesadumbrado, se

levantó para ir a buscar a su familia.

La plaza del pueblo resplandecía como siempre, adornada con acebo, hiedra y faroles de papel, que los niños de la escuela habían pasado horas minuciosas armando. A donde quiera que iba, Mariah era recibida con calidez y, por lo general, ella respondía con la misma alegría. Pero no podía hacerlo bien… Aunque ella hizo lo mejor que pudo para seguir adelante, no lo hizo con el corazón… Ese corazón estaba firmemente estancado en Greywood Manor con un hombre que no la merecía.

A medida que se acercaba la noche, la pista de baile, preparada a toda prisa, empezó a llenarse. Hacía demasiado frío para bailar al aire libre, pero esta había sido una tradición del pueblo, desde antes del nacimiento de Mariah. Normalmente, ella no sentía frío, ya que bailaba todos los bailes. No obstante, esa noche se negó a bailar… Ni uno solo.

Mariah se quedó atrás y observó cómo niños y adultos bailaban y cantaban y lo pasaban de maravilla. Trató de no sentirse amargada, pero envidiaba esa alegría de ellos. Se preguntó si alguna vez volvería a sentirse feliz.

—Creo que me prometiste un baile.

Mariah jadeó, al sentir una mano en su espalda.

Ella sabía que era él, por supuesto. Ninguna otra voz le aceleraba el pulso. Ningún aroma le hacía latir el corazón. Mariah giró y lo miró a los ojos. Se veía tan bien, que ella quería llorar, aunque tenía ojeras, como si hubiera dormido tan mal, como ella, y se veía miserable. Pero solo podía suponer que esta época del año era difícil para él.

Y a pesar de lo que él había dicho, su corazón todavía le dolía por él, y quería mejorarlo.

—¿Dónde están tu madre y Lottie? —preguntó ella, percibiendo el temblor en su voz.

—Están instalados con la señora Yates, conociendo a los habitantes del pueblo y escuchando la lista de enfermedades de la señora Callahan.

Ella intentó sonreír ante su broma, realmente lo intentó, pero su boca no pudo formar una sonrisa.

—Por favor, baila conmigo —susurró él.

Mariah miró a su alrededor y vio que ellos estaban llamando la atención. Pronto la gente comenzaría, a acudir en masa, a conocer al nuevo hombre, en la ciudad. Entonces, asintiendo con la cabeza, le permitió que la acompañara hasta los bailarines, mientras rezaba para tener fuerzas para no llorar.

Comenzaron los acordes de una cuadrilla, y Mariah se estremeció, cuando esa mano agarró la de ella, inclinándose y depositando un suave beso, en la extremidad enguantada.

—Te ves hermosa —dijo, mientras comenzaban a moverse.

Mariah se mantuvo tan rígida, como pudo, porque deseaba más que nada hundirse en él, rogarle que la amara, aunque fuera la mitad de lo que ella lo amaba a él. Pero su orgullo no se lo permitía, y esto era lo único que le quedaba.

—Te fuiste —manifestó él, aunque no había ninguna acusación en su tono, solo tristeza.

—Lo hice. —Eso fue todo lo que ella dijo.

Un silencio incómodo se apoderó de ellos, mientras pasaban junto a las otras parejas. Mariah nunca se había sentido tan sola entre tanta gente.

—Lottie me contó lo que te dijo... Lo que escuchó… Mariah, yo... por favor, créeme cuando te digo que no...

Sus palabras se cortaron cuando Bobby Thornton, que había bebido demasiado, se acercó a ellos, tropezando, e intentando hacer su mejor esfuerzo para bailar solo.

Brandon murmuró una maldición, en voz baja, soltó su mano y se alejó.

—Por el amor a la bondad, no puedo hablar contigo aquí. ¿Puedes volver a la mansión conmigo? ¿Por favor?

Fue la súplica lo que la hizo reaccionar. En sus palabras, en su voz y en sus ojos. Mariah sabía que no podía negarle nada. Sin esperar a que ella respondiera, la agarró del brazo y prácticamente la arrastró hasta su carruaje que, afortunadamente, era el último de una larga fila, que rodeaba la iglesia.

Una vez adentro, él rozó las rodillas de Mariah, y luego se sentó al otro lado. El silencio era sofocante, pero Mariah no hizo ningún intento de romperlo.

"¿Qué va a decirme, en todo caso?"

Ella podría criticarlo por no amarla, pero no era su culpa. Podría rogarle que la considerara como esposa, pero su orgullo no se lo permitiría. Y podía fingir que todo estaba bien, pero su corazón no se lo permitiría. Entonces, Mariah no dijo nada, y él tampoco.

Él golpeó el techo del carruaje y el mismo se puso en marcha, rodeando a los demás carruajes y dirigiéndose hacia la carretera vacía. El viaje en carruaje parecía interminable, pero al final, este se detuvo frente a la mansión. El frente de la casa estaba iluminado con velas y parecía tan acogedor, que Mariah sintió que sonreía por primera vez en días.

Brandon se bajó del carruaje y le tendió la mano para ayudarla. Pero después que ella se apeó, él la sujetó de la mano y no la dejó soltarse. Fue un tipo exquisito de tortura.

Cuando entraron al vestíbulo de entrada, Brandon le quitó la capa, los guantes y el sombrero, y le explicó que todos los sirvientes estaban en la fiesta.

¡Ellos estaban solos!

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Mariah, antes que ella lo reprimiera sin piedad. ¿Qué diferencia había?

—¿Quieres tomar algo? —preguntó, y su voz resonó en el cavernoso salón.

—No, gracias —chilló ella, temblando de nervios.

—Quiero mostrarte algo —dijo, antes de tomarla suavemente del brazo, y conducirla hacia la biblioteca.

Mariah frunció el ceño. No había nada que él pudiera mostrarle allí, que ella no hubiera visto ya. Prácticamente había vivido, en esa habitación, durante semanas.

Él abrió la puerta y le permitió entrar delante de él.

Lo primero que ella notó fue el fuego que ardía en la chimenea. Seguramente fue una locura haberlo dejado así, si todos habían planeado ausentarse esa noche. Pero luego, cuando sus ojos se acostumbraron, se dio cuenta que lo habían decorado para Navidad. Todas las superficies disponibles estaban cubiertas de ramas de acebo y hiedra, con alegres velas rojas esparcidas por todas partes. ¡Era hermoso! Ella dio la vuelta para decírselo.

"¿Dónde está él? ¡Desapareció!" Mariah frunció el ceño, confundida, antes de bajar la mirada y jadeó. No había desaparecido, simplemente estaba arrodillado. Él estaba de rodillas frente a ella.

—Brandon, ¿qué…?

—Mariah Bolton, me doy cuenta que desde que te conocí, he sido la bestia más idiota y maleducada, que jamás hayas conocido. Te he dejado ver lo peor de mí… Te he contado mis secretos más oscuros, te he desnudado la parte más negra de mi alma… ¡No te merezco y probablemente nunca lo haré! No merezco tu corazón amoroso, tu generosidad de espíritu, tu alma pura e inocente… Pero nada de eso me impide desearlos. Tal vez sea egoísta. Tal vez sea solo una locura. Pero la verdad es que me robaste el corazón, un corazón que ni siquiera sabía que podía seguir latiendo. Me lo robaste el día, que me diste una palmadita, en la cabeza, y no lo

he querido de vuelta desde entonces. Es tuyo, maltratado y magullado, tal como está.

Mariah no podía hablar, no podía creer lo que veía. Sacudió la cabeza con asombro, mientras las lágrimas fluían libremente de sus ojos.

Ella observó cómo una mirada de dolor puro y crudo apareció, en esos ojos, antes que se volvieran casi negros con una determinación repentina.

—Niegas con la cabeza —confirmó él, malinterpretando lo que ella quería decir, pero antes que Mariah pudiera hablar, él se puso de pie de un salto y la abrazó por los hombros—. No te culpo. El Cielo sabe que no te he dado ninguna razón para que confíes en mí, para que me ames. Pero, ¡te amo, Mariah! Tanto que apenas puedo soportarlo. Y sé que he manejado mal las cosas, pero, por favor, entiende que esto me tomó por sorpresa, y cuando mi madre me estaba preguntando esas cosas yo... estaba tratando de protegerte, ¡maldita sea! —De repente, él le estaba gritando y le resultó tan familiar que ella, casi se rió—. Sé que te mereces algo mejor que yo. Traté de decírtelo. Es por eso que negué mis sentimientos por ti, por eso me negué a considerar el matrimonio. Porque no estaba listo para lo que sentía, y no quería que tuvieras que pasar tus días con alguien tan oscuro como yo.

Él dejó de gritar y bajó el tono, volviéndose más suave y tierno de lo que ella jamás lo había oído.

—Pero, ¡esto no me ha impedido amarte hasta no poder respirar! No espero que me ames de vuelta, pero si me lo permites, pasaré todos los días del resto de mi vida, amándote tanto que nunca tendrás que hacerlo por mí… Por favor, por favor, cariño mío, ¡dime que serás mi esposa! Prometo que seré mejor. Lo haré mejor. Prometo convertirme en el hombre que te mereces.

Cuando él se detuvo con la respiración agitada, como si hubiera corrido varias millas, Mariah finalmente tuvo la oportunidad de hablar.

—Brandon, ¿lo dices en serio? —Ella dio un paso vacilante hacia él, sin atreverse a creer que eso fuera real—. ¿De verdad, quieres casarte conmigo?

—Por supuesto que sí —insistió él con fiereza—. Te adoro, aunque sé que es egoísta de mi parte pedírtelo. Amarrarte a un hombre así, a una familia así. Si la gente supiera lo que pasó, lo que era Lottie...

—¿Quién es ella? Es una sobrina y nieta muy querida y hermosa. Y nunca permitiré que nadie diga nada diferente.

—Sé que no lo harás —dijo él, sonriendo—. Esa es una de las cosas que más me gustan de ti.

Él la atrajo hacia sí, y ella se acercó voluntariamente.

—Por favor —susurró él—. Por favor, sácame de mi miseria. Por favor, sé mi esposa.

Mariah lo miró, esperando que pudiera ver lo que ella sentía por él, en sus ojos llenos de lágrimas.

—Lo haré. Por supuesto, que lo haré. ¡Te quiero mucho, Brandon, muchísimo!

La mirada de alegría en su rostro era una que ella nunca olvidaría.

Estaba segura de haberlo oído murmurar “gracias al Cielo”, antes que sus labios encontraran los de ella, y ella estuviera total y completamente perdida. Más tarde, mientras el fuego crepitaba, y Mariah estaba sentada, en los brazos de Brandon, giró la cabeza para mirarlo.

—Sabes —dijo ella, en voz baja, sin poder creer todavía que ella era suya y él suyo—. Hace un momento pedí un deseo. Quería que encontraras a alguien que pudiera hacerte feliz. Alguien que pudiera devolverte la vida.

Brandon la miró con tanto amor, en sus ojos, que Mariah apenas podía respirar.

—Y así lo hiciste, cariño —respondió, antes de capturar sus labios y hacer que Mariah se

alegrara muchísimo, que no hubiera nadie más en la casa.

Epílogo

Un año después.

—Feliz Navidad, Lottie. —Mariah se inclinó para entregarle a la niña un paquete gigante, que contenía una casa de muñecas y una muñeca, los cuales eran juguetes muy codiciados. No podía esperar para ver su reacción. Seguidamente, ella se puso de pie, llevándose una mano al abdomen. Los dolores eran cada vez más fuertes y no parecían desaparecer tan rápido.

Brandon llegó a su lado, tan veloz como una flecha.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó con preocupación.

Mariah sonrió y sacudió la cabeza.

—Te lo dije hace cinco minutos, cariño. Estoy bien. ¡Cierto! Ahora, ven a acompañarme a mi biblioteca. Tengo tu regalo allí.

La señora Haverton, o Madre, como Mariah insistía en llamarla, les aseguró que Lottie estaría bien con ella, y se dirigieron a la biblioteca. Brandon la sostuvo por la cintura, como si ella estuviera hecha de cristal.

—Brandon, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Estoy embarazada, no estoy enferma.

—Por favor, cariño, compláceme —dijo él, inclinándose para besarla suavemente en la parte superior de la cabeza.

Mariah suspiró y capituló, sobre todo porque en secreto amaba lo mucho que él la mimaba.

Entraron en la biblioteca y ella sintió la familiar sensación de estar en casa, cuando entraron. La Navidad anterior, después de su maravillosa y romántica propuesta, Brandon le había dicho que la biblioteca era suya. Él había decidido que la guardaría solo para ella.

—O bien, hubieras consentido en casarte conmigo, y por lo tanto, la disfrutarías a cualquier hora del día o de la noche —había dicho con una sonrisa encantadora, que le hizo a ella curvar los dedos de los pies—, o yo, la habría usado para ganar algo de tiempo para convencerte.

—¿Me la habrías dado, incluso si te hubiera dicho que no? —preguntó Mariah, todavía sorprendida que algo tan preciado y caro fuera suyo.

—¿A quién más podría haber pertenecido? —respondió él.

Fue bueno que acordaron casarse, justo en aquel momento, porque anticiparon sus votos, allí mismo, en el viejo sillón, junto a la chimenea. Mariah ahora podía ver que Brandon estaba pensando, en ese día, lo mismo que ella, y se habría sentido emocionada por ello, excepto que el maldito dolor había regresado.

De repente, ella se dio cuenta, ¡el bebé estaba por venir!

—Cariño —dijo, intentando con todas sus fuerzas mantener la calma—. ¿Podrías llamar a Dora y pedirle a tu madre que venga aquí, por favor?

—¿Por qué, cariño?

—No quiero que entres en pánico.

—¿Qué ocurre?

—Nada, solo…

—Dime, ¿qué pasa? ¿Estás enferma? ¿Es eso? ¿Necesitas acostarte? Te llevaré en brazos.

Él se estaba poniendo histérico, que era exactamente lo que ella no quería. Honestamente, a veces Brandon era peor que una mujer con hormonas.

—¡Brandon! —gritó ella, y él dejó de dramatizar—. Tu hijo está a punto de nacer. Busca a Dora, antes que te desmayes.

***

Mucho después, ellos discutieron sobre si él había estallado en ruidosos y llorosos lamentos… Mariah estaba convencida que Brandon era muy enérgico en sus protestas, por lo que los verdaderos hombres no lloraban.

Aunque ambos estuvieron de acuerdo en algo, y esto fue en que su hija, Faith Daphne Haverton, hizo una entrada espectacular, en este mundo.

Una vez, Brandon preguntó por qué Mariah había insistido tanto en el nombre Faith.

—Porque tuve fe —había dicho ella, dándole un beso en la mejilla—. Fe en que mi deseo se haría realidad. ¡Y así fue!

El fin.